

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRA

Chocrón escrito y sellado

Ugo Ulive

La ya muy vasta obra literaria de Isaac Chocrón (dieciséis piezas teatrales, seis novelas y siete libros de ensayos, si no me equivoqué) va configurando un universo laberíntico y complejo que invita a ser recorrido siguiendo diversos senderos. Se puede, por ejemplo, escoger el trayecto autobiográfico, que abarca de una manera u otra el total de su producción, a veces bajo diversas máscaras, pero que está presente con mayor evidencia en una serie muy precisa de sus obras. Se trataría en este caso de seguirle los pasos al personaje de Ismael Campos (de elocuentes iniciales), que asoma en la muy temprana *Pasaje*, novela de 1956, rencarna en el desgarrado Ismael de *Animales feroces* (1963), aparece con el mismo nombre y apellido en *Mesopotamia* (1980) y continúa su peripecia vital trocado en el Jacobo de *Clipper* (1987) y, ahora, en el Saúl de *Escrito y Sellado*.

Al primero lo encontramos pasando de la adolescencia a la madurez; al segundo lo vemos lacerado por un problema existencial que lo conducirá al suicidio; el Ismael Campos de *Mesopotamia* morirá también, pero buscando la trascendencia, ese "no sé qué" de San Juan de la Cruz. Inicialmente confesará: "Yo no he tenido... una confusión o una pasión o una fe", para preguntar luego, sumido en esa búsqueda febril que frustrará la muerte: "¿Es como el amor? ¿Como el amor entre dos personas?" e, instado a explicarse aventurará: "No se busca. Viene de repente. Aparece. Electriza. Enceguece. Tambalea. Obsesiona."

Es en *Mesopotamia* donde se localiza ya el tema que constituirá la sustancia de *Escrito y Sellado*, es allí donde hay que buscar su antecedente más preciso, junto con la relación maestro-alumno que es la esencia de *Simón* (1983).

A la vez la envoltura poética del material autobiográfico se va haciendo gradualmente más tenue hasta el punto de casi desaparecer. Ya en *Clipper* el protagónico Jacobo, obsesionado por sus recuerdos de juventud, es un profesor universitario especializado en Shakespeare, lo mismo que el Saúl protagonista de *Escrito y Sellado*, lo mismo que Isaac Chocrón en la vida real.

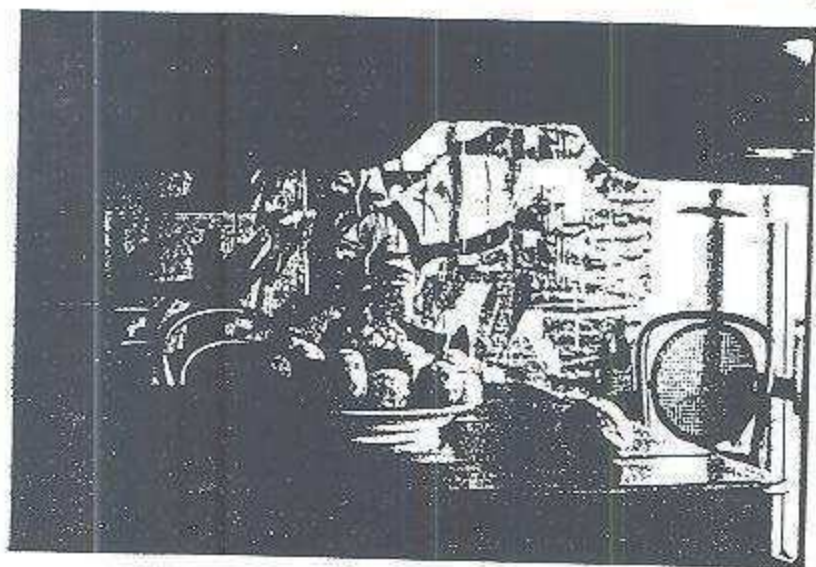
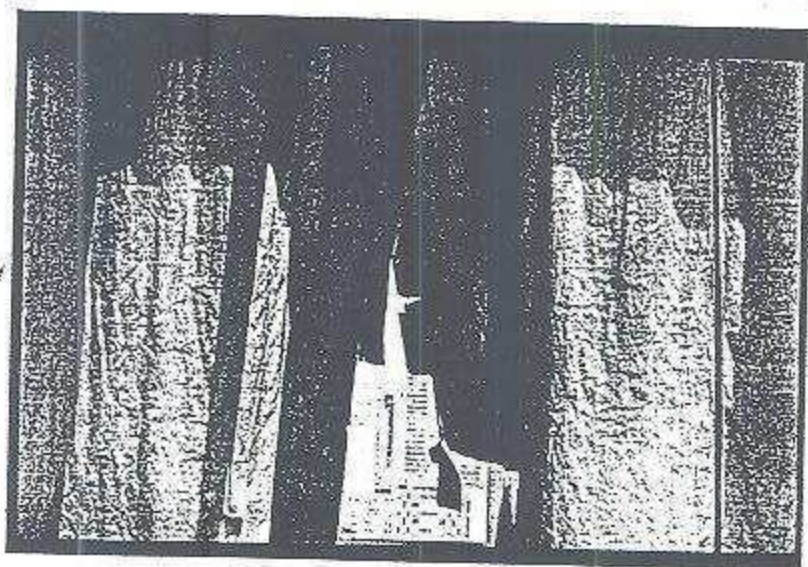
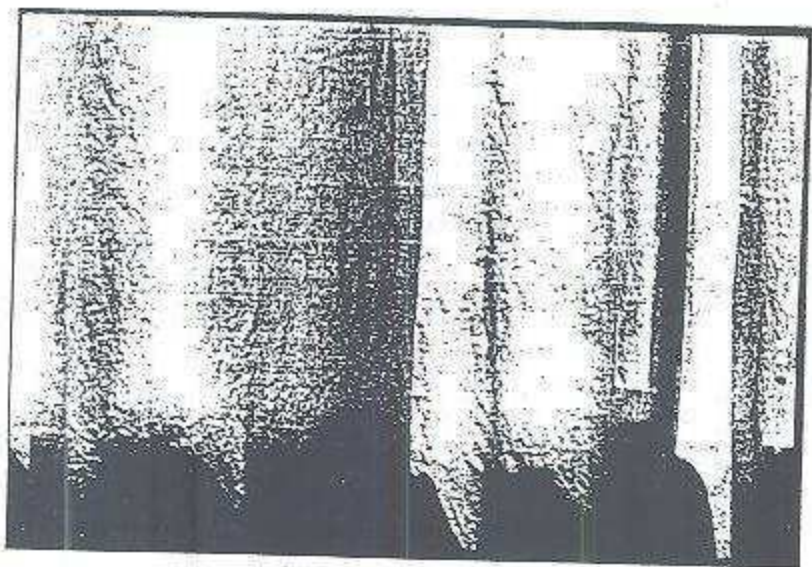
La sed y la incertidumbre asomadas en *Mesopotamia* van a convertirse en el hilo conductor de *Escrito y Sellado*, y esta vez hallarán por fin respuesta. Saúl no se atreve a dar el "ciego y oscuro salto", pero Dios lo va conduciendo con mano suave y firme a la vez, a partir de la reflexión sobre el cruel destino de Luis, a través de sus conversaciones con el trágico Padre Miguel, con la ayuda de ese ambiente cargado de magia adonde ha llegado por azar, y mediante muchos otros pequeños indicios colocados en su camino con maestría sin par. Y se producirá el desmoronamiento, sin duda feliz: Saúl regresa a Caracas definitivamente transformado "sin entender entendiendo", unido a la Gracia para siempre.

10/1000/08
19/10/01
C.1

1080529

mdvrs
C.1

Este encuentro con la fe que es la razón de ser de *Escrito y Sellado* transcurre paralelo a otro tema, sombrío e implacable: la presencia de la enfermedad del fin del siglo. También este asunto había asomado brevemente en una novela previa de Chocrón, *Toda una dama* (1988), donde en un momento el protagonista llega a una clínica para el tratamiento del Sida. "Nunca había visto y menos se había imaginado tal cantidad de gente, en su mayoría hombres, descoloridos, mustios, flacos, apoyándose en muletas o en bastones, ojeras oscuras bajo miradas vacuas, esperando inmóviles, sentados o recostados contra las paredes. Uno que otro hojeaba alguna revista y ninguno conversaba o miraba al resto, como si cada quien estuviese o se sintiese infinitamente solo." La terrible enfermedad se llevará a Luis, alcanzará a Miguel y estará presente como sombra ominosa en todo el transcurso de la pieza. Transcurso donde se revela la maestría a que ha llegado el autor que, con una parquedad asombrosa de recursos (un escenario desnudo, unos pocos muebles, apenas cinco personajes), logra convocar ante nuestros ojos la incertidumbre de la búsqueda, el horror del flagelo y el consuelo de la fe, temas complejos expuestos a la vez con profundidad y con un impecable manejo de los recursos teatrales. Chocrón, el dramaturgo, evidencia en *Escrito y Sellado* una espléndida y emocionante madurez.



Fotografías de Luis Salmerón usadas en los murales de la escenografía.

Personajes

Saúl, cincuentón

Miguel, un poco más joven que Saúl

Luis, frisando los treinta

Carmen, cincuentona

Nancy, frisando los treinta

Escenografía y vestuario

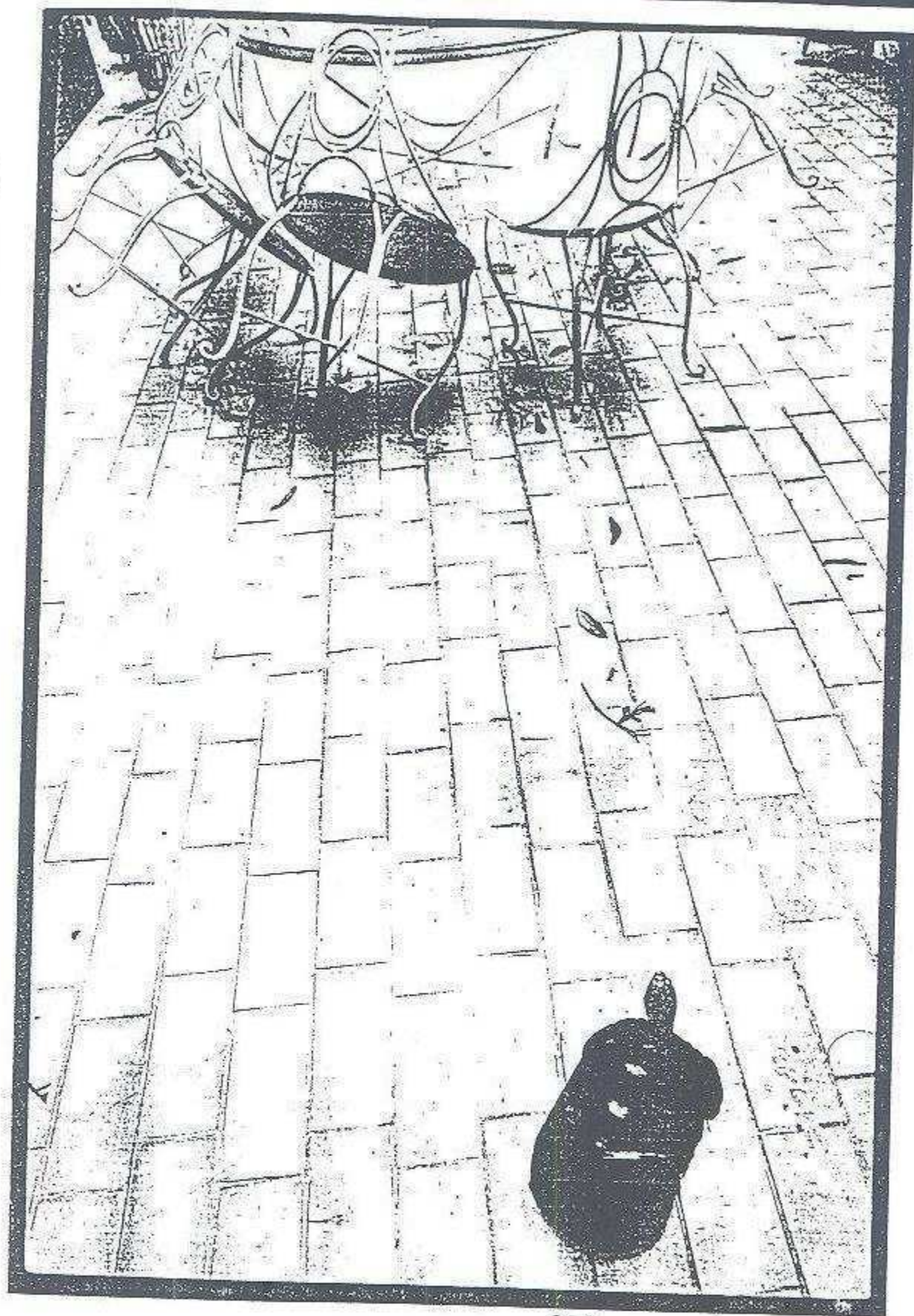
Ciclorama blanco al fondo. Una mesa redonda con cuatro sillas y dos tumbonas de terraza. Más nada.

Los cambios de vestuario de los personajes, exceptuando a Luis, van dando los cambios de estación, de invierno a primavera. Luis siempre estará de color blanco hueso y descalzo.

Se debería mantener una uniformidad de colores basada en negro, gris y blanco como en la de las fotografías en blanco y negro. Esta gama debe incluir los manteles y cubiertas de las tumbonas.

Música

El Segundo Movimiento de la Sonata No. 8, "Pathétique", de Beethoven, Adagio Cantabile (4:46), corre a través de la obra. Se oye todo antes de comenzar y luego se desmembra en ocho partes que corresponden a las ocho escenas. Al final de la primera parte vuelve a oírse todo el movimiento.



Escena 1

Adagio, de 01 a 27 segundos. La mesa de un restaurante.

- Miguel** Y así fue como me hice cura.
- Saúl** De actor a cura. A lo mejor no hay tanta diferencia.
- Miguel** Hay pasión en ambas vocaciones.
- Saúl** Lo que sucede es que yo te conocí como actor. O, mejor dicho, desconocía tu vocación religiosa, tu entorno familiar tan católico, todo eso que me acabas de contar. Oyéndote, me pareció comprensible que, cansado de desdoblarte en personajes, prefirieras ahora ser tú mismo o ser un simple enviado de Dios.
- Miguel** Enviado es demasiado. Digamos portavoz o intermediario.
- Saúl** Sea lo que sea, y aunque estás mucho más delgado de la última vez que te vi, pareces feliz.
- Miguel** Digamos sereno y conforme. No has comido nada. ¿Te sigues sintiendo mal?
- Saúl** Ahora sí creo que agarré el virus, ese que tiene todo el mundo aquí. Tócame y dime si tengo fiebre.
- Miguel** Estás caliente. Compraremos aspirinas en la farmacia al lado. Aspirinas, mucho líquido, te acuestas a sudar y se te pasará.
- Saúl** A lo mejor fue esa nieve. ¿Hasta cuándo seguirá cayendo?
- Miguel** Probablemente todo el resto del día. Difícil saberlo.
- Saúl** Ya deberías saberlo, después de diez años en este desierto.
- Miguel** No lo creas. Precisamente por ser un alto desierto, nieva poco. Dos o tres veces durante todo el invierno.
- Saúl** Y llegando, me tuvo que tocar una de esas veces.
- Miguel** La primera.
- Saúl** ¡Vaya consuelo! Me faltan dos.
- Miguel** No morirás en Albuquerque.
- Saúl** ¡Morir en Albuquerque sería el colmo!
- Miguel** Acabas de llegar y nada te ha gustado. ¿Cuándo piensas decirme a qué viniste? Yo me preguntaba y me sigo preguntando: ¿por qué viene Saúl a este fin del mundo?
- Saúl** ¿Cómo iba a sospechar que esto era el fin del mundo? Yo solamente me entusiasmaba con aquello que dijo Georgia O'Keeffe, la pintora de las flores gigantes y los cráteres como vulvas femeninas. Dijo que se quedaba aquí por "el maravilloso vacío del desierto". Fue suficiente para mí, dadas mis circunstancias.
- Miguel** Cuéntamelas.
- Saúl** Ahora no me pidas confesiones. Me siento horrible.

Adagio, de 01 a 27 segundos. La mesa de un restaurante.

Miguel Y así fue como me hice cura.

Saúl De actor a cura. A lo mejor no hay tanta diferencia.

Miguel Hay pasión en ambas vocaciones.

Saúl Lo que sucede es que yo te conocí como actor. O, mejor dicho, desconocía tu vocación religiosa, tu entorno familiar tan católico, todo eso que me acabas de contar. Oyéndote, me pareció comprensible que, cansado de desdoblarte en personajes, prefirieras ahora ser tú mismo o ser un simple enviado de Dios.

Miguel Enviado es demasiado. Digamos portavoz o intermediario.

Saúl Sea lo que sea, y aunque estás mucho más delgado de la última vez que te vi, pareces feliz.

Miguel Digamos sereno y conforme. No has comido nada. ¿Te sigues sintiendo mal?

Saúl Ahora sí creo que agarré el virus, ese que tiene todo el mundo aquí. Tócame y dime si tengo fiebre.

Miguel Estás caliente. Compraremos aspirinas en la farmacia al lado. Aspirinas, mucho líquido, te acuestas a sudar y se te pasará.

Saúl A lo mejor fue esa nieve. ¿Hasta cuándo seguirá cayendo?

Miguel Probablemente todo el resto del día. Difícil saberlo.

Saúl Ya deberías saberlo, después de diez años en este desierto.

Miguel No lo creas. Precisamente por ser un alto desierto, nieva poco. Dos o tres veces durante todo el invierno.

Saúl Y llegando, me tuvo que tocar una de esas veces.

Miguel La primera.

Saúl ¡Vaya consuelo! Me faltan dos.

Miguel No morirás en Albuquerque.

Saúl ¡Morir en Albuquerque sería el colmo!

Miguel Acabas de llegar y nada te ha gustado. ¿Cuándo piensas decirme a qué viniste? Yo me preguntaba y me sigo preguntando: ¿por qué viene Saúl a este fin del mundo?

Saúl ¿Cómo iba a sospechar que esto era el fin del mundo? Yo solamente me entusiasmaba con aquello que dijo Georgia O'Keeffe, la pintora de las flores gigantes y los cráteres como vulvas femeninas. Dijo que se quedaba aquí por "el maravilloso vacío del desierto". Fue suficiente para mí, dadas mis circunstancias.

Miguel Cuéntamelas.

Saúl Ahora no me pidas confesiones. Me siento horrible.

- Miguel** Confesión por confesión. Yo te hice la mía.
- Saúl** Era obligatorio que me lo dijeras. Cuando la secretaria me dio tu recado, le aseguré que yo no conocía a nadie aquí. ¿De dónde un judío como yo, podía conocer a un curita de Santa Fe?
- Miguel** Ni siquiera recordaste mi nombre.
- Saúl** Hace muchos años que no nos veíamos, Padre Miguel. ¿Iba a cargar tu nombre al cuello como un escapulario? Te conocí como apuesto actor, no como flaco cura.
- Miguel** Con ésta van dos veces que me lo recalcas. ¿No te agrada tener un amigo cura, aunque esté flaco?
- Saúl** Me agrada, me encanta, me fascina. Un amigo cura en el alto desierto de New Mexico. ¿Qué más puedo pedir? Sentirme bien.
- Miguel** Come y quizás te sentirás mejor. ¿Vas a despreciar este bocado griego?
- Saúl** ¿Es que todos los curas se pasan la vida reclamando? Cómelo tú y, si quieres, cómete también el mío.
- Miguel** Y yo que me debatí escogiendo dónde invitarte. Me dije: "A un tipo tan sofisticado y tan mundano como mi amigo Saúl, debo llevarlo a deleitarse con sabores mediterráneos".
- Saúl** Gracias y deja de joder. Nada me sabe a nada.
- Miguel** Nos vamos aproximando a las misteriosas circunstancias que te trajeron aquí. Nada te sabe a nada y es por eso que te entusiasmó el maravilloso vacío del desierto.
- Saúl** Muy perspicaz. Debes ser un curita exitoso.
- Miguel** Muchísimo. Ya te darás cuenta. Cuenta me estaba dando yo mientras caminábamos bajo la nieve hasta aquí...
- Saúl** ¡Claro! ¡Fue toda esa nieve cayéndome en la cabeza!
- Miguel** ... Y cuenta seguí dándome, viéndote mirar el menú sin ningún interés, viéndote mirarme con esos ojos tristes.
- Saúl** Es el virus.
- Miguel** Y me decía: "Ha escogido venir aquí para olvidar o enfrentarse a sus circunstancias".
- Saúl** ¿Es que los curas hablan solos? ¡Qué envidia! Estoy en sabático de la Universidad. Nada mejor que aceptar una invitación de otra Universidad y conocer algo diferente.
- Miguel** Pero muy lejos.
- Saúl** Demasiado lejos. Si hubiese sabido que para llegar aquí hay que tomar tres aviones, pasar todo un día volando...
- Miguel** ¿Te hubieses quedado en Caracas con esos ojos tristes y aguados?
- Saúl** Los ojos son la fiebre y el resfriado y los escalofríos que estoy sintiendo.

- ¿Ves cómo sudo? Un sudor frío.
- Miguel** Vámonos. Pagaré a la salida.
- Saúl** Siéntate. Tarde o temprano, te lo iba a contar.
- Miguel** Otro día me cuentas. Vamos.
- Saúl** Quédate ahí. Es posible que el virus sea consecuencia de esas circunstancias que te han intrigado. Dicen que el cuerpo reacciona a las emociones.
- Miguel** Entonces, contar lo que vas a contar te hará sentir peor. Disculpa mi insistencia.
- Saúl** Para mí, es interés que agradezco. Me estás ratificando tu amistad. Muy bien. Aquí te va: he venido para consolarme o para conformarme —en cualquier caso, para enfrentarme— a una pérdida: la muerte de alguien que fue mi amigo, pero que también fue mi familia: hijo, hermano, compañero. Ningún rótulo abarca la dimensión de lo que fue esa relación. Ya está. Ya te lo dije. Vine a pasar mi duelo.
- Miguel** Cuenta conmigo.
- Saúl** Lo sé.
- Miguel** (*Sacando su pañuelo*). Toma y sécate el sudor. Tu pañuelo está empapado. Ahora sí es verdad que te sientes mal.
- Saúl** ¿Ves mis escalofríos? No me puedo mover.
- Miguel** Quédate aquí. En seguida regreso.
- Saúl** No me dejes solo. Ahora prefiero contarte cómo comenzó todo. El comienzo. Un comienzo igual a como lo es hoy nuestro nuevo encuentro. Curioso, ¿no es cierto?
- Miguel** Era más joven que tú.
- Saúl** Correcto. Por eso lo llamé hijo. Lo conocí como mi alumno y luego vivimos juntos casi cuatro años. Llegó un momento en que nuestras semejanzas se nos hicieron insoportables. Además de ambos ser zurdos —te sonríes porque tú no lo eres, pero zurdo con zurdo implica una avasallante complicidad— creamos una duplicidad de gestos, actitudes, modos de hablar, que confundía a la gente y nos confundía a nosotros mismos.
- Miguel** La relación ideal entre un maestro y su alumno.
- Saúl** No funciona. El alumno debe irse a la vida por su cuenta. Y así lo hizo Luis. No fue una separación, sino una mudanza de común acuerdo. Entonces, esa relación ideal que tú mencionas, funcionó. Siguió estrechándose. El contaba conmigo y yo con él. Mi casa era su casa. Tenía llaves y podía venir cuando quisiese. Más que casa, era su hogar.
- Miguel** ¿De qué murió?

Saúl A eso voy. ¿Dejas que me tome tu agua?

Miguel Por supuesto. Si quieres, pido más.

Saúl No. Con esta es suficiente. ¡Rica el agua! Me la iré tomando poco a poco. Un sábado por la mañana, llegó diciendo que venía a tomar sol en la terraza...

(Se encienden luces sobre una tumbona donde está Luis, en traje de baño, acostado. Saúl se incorpora, se quita la chaqueta y va hacia él).

Saúl De aquí sales igual a un negro de Abisinia. Voy a comer donde Victoria. Pídele a Carmen que te haga tus queridas papas fritas. Regreso como a las tres.

Luis No vine a tomar sol.

Saúl ¿Y entonces qué estás haciendo?

Luis Siéntate aquí a mi lado. Dame tu mano. Me acosté a tomar sol para que Carmen no se dé cuenta.

Saúl ¿Cuenta de qué?

Luis Quise decir, para que no oiga o sepa lo que voy a decirte.

Saúl ¡Vaya misterio! ¿Y cómo crees que va a oír o saber si está allá dentro en la cocina?

Luis No vengo de mi casa. Vengo del consultorio del Doctor Jaimes. Fui antier a hacerme los exámenes.

Saúl ¿Exámenes de qué?

Luis Antonio se los hizo y salió positivo. Al decírmelo, sentí que debía hacérmelos yo también.

Saúl ¿Exámenes de qué?

Luis No sigas repitiendo la misma pregunta. Tú sabes de qué. Salí positivo. Jaimes me sugirió que se lo dijera a alguien de mi familia, a la persona más cercana a mí. Ese eres tú: mi familia y mi persona más cercana.

Saúl Exámenes... positivo... No entiendo.

Luis Cierra la boca. Deja de mirarme así. Si tanto te ha impresionado la noticia, te podrás imaginar cómo me siento yo.

Saúl Repíteme todo lo que Jaimes te dijo.

Luis No hay nada que repetir. Salí positivo.

Saúl ¿Eso fue todo lo que te dijo Jaimes? Saliste positivo. ¿Así no más?

¡Saliste positivo y chao! ¡Buena suerte, mi amor, feliz año nuevo!

¿Cuándo vas a aprender a contar las cosas, a desahogarte?

Luis Perdóname. Te lo repito. Antonio salió positivo. Vivo con él. Tenía que hacerme los exámenes.

Saúl ¿Por qué no me dijiste que ibas donde Jaimes?

Luis Porque estaba ligando que saliera negativo. De haber sido así, ¿para qué

iba a preocuparte? El primer examen salió positivo y me hizo un segundo. La misma cosa. Igual con el tercero que fue el definitivo. Ahora hay que esperar. Jaimes dice que por los momentos no debo preocuparme. No debemos preocuparnos. Hay que esperar a que se manifieste y eso puede suceder dentro de algunos años, o en cualquier momento. Mientras, debo cuidar mi alimentación —Carmen estará feliz de atragantarme con comida— debo hacer ejercicio —menos mal que siempre corro en el parque y hago pesas— debo llevar eso que llaman una vida sana...

Saúl ¿Quieres hacerme el favor de callarte?

Luis Me acabas de reclamar que no me desahogo.

Saúl El lunes voy donde Jaimes.

Luis ¿A qué? ¿A hacerte tú también los exámenes?

Saúl Yo no vivo con Antonio. A que me cuente el cuento como es.

Luis Es como te lo acabo de contar.

Saúl Entonces, a que me diga qué debemos hacer!

Luis También te lo acabo de decir.

Saúl ¡Yo no me voy a quedar aquí plantado esperando a que se manifieste! "Que se manifieste". ¡Vaya expresión! ¿No dicen que la medicina moderna es preventiva? ¡Pues, yo exijo que prevengan eso... esa "manifestación"! ¡Yo exijo que me digan qué debemos hacer! ¡Yo exijo...!

Luis ¡Ah, Saulito, Saulito! Mucho me quieres.

Saúl Infinitamente.

Luis Lo sé. Ven, mírame. Así es mejor. Sonríeme. Mucho mejor. Porque sé que me quieres, vine a ti.

Saúl Y de mí no te vas a alejar. De ahora en adelante, estamos juntos. Cuenta conmigo. La pelea la haremos juntos.

Luis La pelea...

Saúl Párate y vistete. Vente conmigo donde Victoria. Salgamos a tomar aire.

Luis ¿Más aire? ¿No tienes suficiente en toda esta terraza? Perdón, mi General, corro a vestirme, pero ¿puedo pedirte algo? Que más nadie lo sepa. Por ahora.

Saúl ¿Y a quién crees que se lo voy a decir?

Luis A Carmen. A la misma Victoria. Yo te conozco.

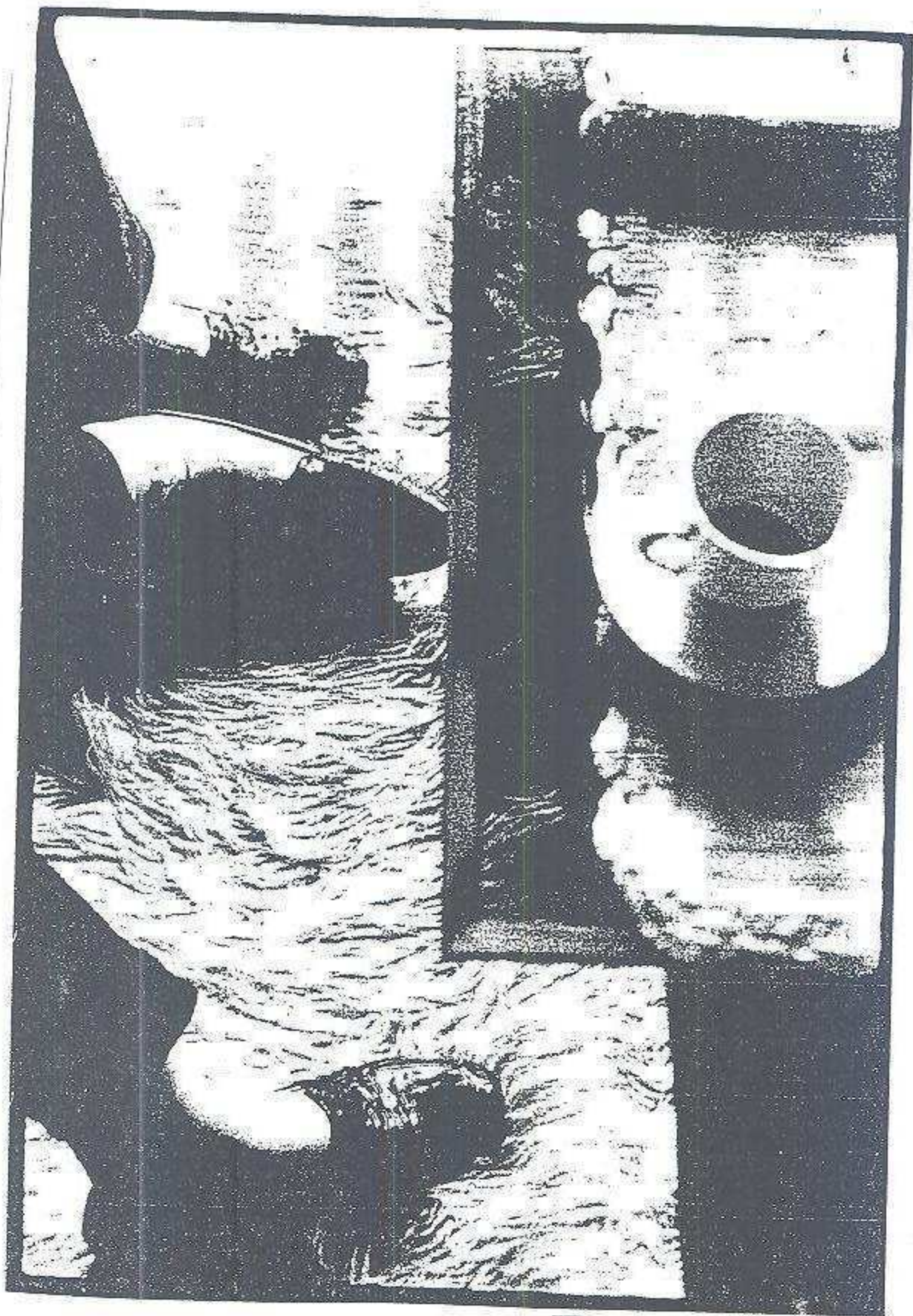
Saúl Sí, pero aún no me has conocido en estas nuevas circunstancias. Será nuestro secreto mientras tú quieras. Dame esa mano. Sellemos el pacto.

Luis *(Dándole la mano)*. ¡Nunca vas a dejar de ser niño, Saulito, nunca! ¡Aunque llegues a ser más viejo que Matusalén! *(Sale)*.

(Saúl mira como si estuviese perdido, reacciona, va hacia la mesa, se sienta y toma agua).

- Miguel** *(Gran pausa, sin dejar de mirar el mantel)*. Mejor ponte la chaqueta. El frío...
- Saúl** *(Poniéndoselo)*. Eso fue hace tres años. Así comenzó todo.
- Miguel** ¿Vamos a la farmacia?
- Saúl** ¿No tienes nada más que decirme?
- Miguel** Tengo... otro día... vamos.
- Saúl** ¿Sabes? Yo suponía que los Padres, los curas, los sacerdotes o como se llamen, consolaban al instante. Que tenían a flor de labios una palabra... o que hacían un gesto... no sé... que ofrecían un consuelo.
- Miguel** ¡Qué más quisiera!
- Saúl** ¿Es que no hay consuelo?
- Miguel** Lo hay. Hay muchos consuelos, pero yo, para decirlo con tus propias palabras, dadas mis circunstancias...
- Saúl** ¿Has pasado por algo similar a lo que te acabo de contar?
- Miguel** Hablamos luego, ¿de acuerdo? Vamos.
- Saúl** Como quieras. Vamos.
- Miguel** *(Viéndolo alejarse)*. Estoy pasando.
- Saúl** ¿Qué? ¿Qué dijiste?
- Miguel** ¿Quieres que te lo repita? Estoy pasando por...
- Saúl** ¿Lo mismo que pasé yo? ¿Un amigo? ¿No? ¿Tú? No puede ser. ¡No puede, no puede ser! ¿Por qué no me interrumpiste? ¿Por qué no me lo dijiste? Ahora entiendo por qué te veía más delgado. Entiendo por qué no me mirabas mientras te lo contaba. ¡Qué insensatez! ¡Qué horror, mi pobre Miguel, yo hablando y tú...!
- Miguel** Peor insensatez la mía al decírtelo ahora. No quería. Se me salió sin querer.
- Saúl** ¿Desde cuándo?
- Miguel** Desde hace un año, pero aún, ¿cómo fue que te dijo Luis? Aún "no se ha manifestado".
- Saúl** ¿Te sientes bien? Evidentemente has perdido peso, pero ¿te sientes más o menos?
- Miguel** En este momento, me siento malísimo por habértelo dicho.
- Saúl** Tarde o temprano me lo ibas a decir, ¿no es cierto? ¿O no quieres que nadie sepa?
- Miguel** Lo sabe mi superior. Y ahora tú.
- Saúl** ¿No lo saben tus amigos? ¿Ni tu familia? ¿Nadie?
- Miguel** Soy como Luis. O peor. No he debido decírtelo.
- Saúl** Yo lo hubiese sospechado.
- Miguel** En cambio, yo me equivoqué en mi sospecha. No quería que me con-

- taras porque supuse que el enfermo eras tú.
- Saúl** Hubiese preferido ser yo, ¡te lo juro!, y no Luis, y no tú.
- Miguel** Y vienes a una tierra extraña y te encuentras...
- Saúl** ¿Con la misma película, pero con diferente protagonista? No, Miguel, no me compadezcas y no me obligues a compadecerte. Esa fue una de las primeras cosas que aprendimos Luis y yo. Si incorporamos la compasión o, peor aún, la lástima, a nuestra situación —fíjate que la llamo "nuestra", tuya y mía de aquí en adelante— si nos compadecemos, nos jodemos. Apréndete eso de memoria.
- Miguel** Sí, mi General.
- Saúl** No perdiste ni una coma de mi cuento. ¿Cómo se te iba a escapar nada si lo que te contaba era tu propia vida? ¡Cómo no me di cuenta!
- Miguel** ¿Y ahora qué hacemos?
- Saúl** Curarme este virus de mierda. Perdona las palabrotas, Monseñor. Se me salen sin yo querer, de vez en cuando.^f
- Miguel** En los lugares apropiados; muy al punto.
- Saúl** Gracias. Y muchas gracias por confiar en mí. Mientras yo esté a tu lado...
- Miguel** Pelearás conmigo.
- Saúl** Buen alumno. Vámonos a la farmacia. *(Salen)*.



Escena 2

Adagio: 28 a 57 segundos. Entra Carmen. Retira las cosas de la mesa y las pone en la bandeja que que ha traído. Quita el mantel, lo sacude y lo coloca a la inversa, que es de otro color. Entra Luis, quien divertido la ve, se le acerca poco a poco y la pellizca en una nalga.

Carmen ¡Muchacho! ¡Un día de estos voy a caer muerta de un infarto!

Luis ¡Mentirosa! ¿Vas a negar que te encantan mis pellizcos?

Carmen Prefiero un beso y un abrazo.

Luis Aquí los tienes: un buen abrazo y dos besos, uno en cada cachete. Te quiero mucho, Carmela... Tengo miedo. En días como hoy, tengo miedo.

Carmen La sopa de plátano verde te hará sentir mejor.

Luis ¿El jefe no viene a comer?

Carmen Está en la Universidad. Dijo que te sirviera a tu hora. Siéntate ahí tranquilo. Ya regreso con la sopa. *(Sale, llevándose la bandeja)*.

Luis, frotándose el estómago, va despacio y se sienta en una de las sillas junto a la mesa. Pone las piernas encima de otra silla, recostándose. Sigue frotándose el estómago con ambas manos. Entra Carmen, seguida de Miguel.

Carmen Ni lo oí llegar. ¡Qué bueno que me hizo caso, Padrecito! Ya verá que en cuanto se tome mi sopa de plátano verde, se sentirá mejor. Venga, siéntese. Estaba poniendo la mesa.

Miguel ¿Saul no ha regresado de la Universidad?

Carmen Vendrá más tarde. Me dijo que, cuando usted llegara, le sirviera. ¿Sabe quién me consiguió los plátanos? Su amiga, la mexicana. Buena gente. Ayer tarde fuimos a la marqueta, como aquí la llaman, y compré las mismas cosas que encuentro en Caracas.

Miguel ¿Le mencionó que los plátanos eran para mí?

Carmen Cuando me conozca mejor, Padrecito, sabrá que soy...

Luis Una tumba, mi amor, una tumba.

Carmen Así me decía Luis.

Miguel Se ve que usted lo quiso mucho.

Carmen Todo el mundo lo quería. Era un ángel.

Luis Un angelito que te pellizca el culo.

Carmen ¿Sabe una cosa, Padre? Lo tengo siempre presente, como si estuviera aquí. Yo sé que igual le sucede al señor Saul. Es como si estuviera con nosotros.

Luis ¿Crees que los iba a dejar solos aquí, y con este cura?

Miguel Saul me contó que fue Luis quien lo convenció de que aceptara venir a esta Universidad.

Carmen Es cierto. Recuerdo que le dijo...

- Luis** Dí que sí. Firma el contrato y mándalo. Aún no me voy a morir. Carmen y yo nos vamos contigo. Mientras tú das tus clases, nosotros pasaremos por el desierto.
- Carmen** Por eso estoy aquí, porque cuando todo pasó, el señor Saúl insistió en que viniésemos tal cual como Luis lo quiso.
- Luis** Tenía que morirme para que me hiciera caso. Siempre prefería llevarme la contraria.
- Carmen** Discutían todo el tiempo, pero era porque se querían. Cuando oigo al señor regañarlo a usted por el teléfono, me acuerdo que igual hacía con Luis.
- Miguel** ¿Nos parecemos?
- Luis** En eso..., mi buen amigo, en eso...
- Carmen** Recuerde, Padrecito, que yo vengo de vivir todo eso. Bastó que el señor nos presentara para que me diera cuenta.
- Miguel** Lo dijo Saúl: la misma película con diferente protagonista.
- Luis** Será diferente. Mejor. Para eso estoy aquí.
- Carmen** Para eso estamos con usted. Para que sea, a lo mejor, mejor.
- Luis** No te enredes, Carmela, y vete a traer la sopa.
- Carmen** Voy por la sopa. Disculpe. A veces, me enredo hablando. *(Sale)*.
(Luis mira al frente, frotándose el estómago. Miguel mira al frente y de vez en cuando se frota el estómago. Buena pausa).
- Saúl** *(Entrando)*. Perdona que te he dejado solo. La reunión no terminaba, y luego tuve que entrevistarme con el Director.
- Miguel** No te preocupes. Hablaba con Carmen.
- Luis** De mí.
- Saúl** De Luis, seguramente.
- Miguel** Dice que lo siente aquí presente. Que ustedes dos lo sienten.
- Saúl** Es cierto. Antes de que ella llegara, no me sucedía. En esos primeros días, el virus no me dejaba darme cuenta de nada. Bastó que Carmen apareciera, que me curara, para que surgiera Luis en nuestras conversaciones.
- Luis** ¡Ingrato! ¡Te olvidaste de mí porque estabas enfermo!
- Miguel** O a lo mejor surgió porque ella supo lo mío.
- Saúl** Al conocerte y verte, Carmen lo dedujo.
- Miguel** ¿Cómo, si nadie se da cuenta?
- Luis** Es que Carmen es un águila. Ya te darás tú cuenta.
- Saúl** Intuición que tiene la señora. ¿Sigues sintiéndote mal?
- Miguel** Como mareado, como cansado. Sospecho que la cosa comienza, aunque el médico dice que pueden ser esas nuevas píldoras. Si continúo sintien-

dome así, me las cambiará por otras.

Saúl *(Va a sentarse en la silla donde Luis apoya sus piernas. Este las retira, Saúl se sienta, Luis las vuelve a colocar encima de Saúl).*
¡Carmen! ¿Cuándo piensa darle de comer a este pobre cura?

Carmen *(Entrando con dos platos de sopa en una bandeja).* Aquí estamos. Traje dos platos por si acaso usted quiere acompañarlo.

Luis ¿Estás loca? Saúl odia esa sopa.

Saúl Comí con el Director en la cafetería.

Luis ¿Quién te lo va a creer?

Carmen Le advierto que es un poco amarga.

Luis ¡Amarga, espesa, horrenda!

Carmen Al principio a Luis no le gustaba, Padrecito.

Saúl Deja de llamarlo "Padrecito". Suenas como actriz de película mexicana. Pruébala, Miguel.

(Miguel toma una cuchara y devuelve la sopa al plato, tosiendo y casi vomitando).

Miguel ¡Es horrenda, amarga, espesa!

Luis Te lo dije.

Carmen Pero tranca. Si se toma todo el plato, olvídense del baño.

Miguel No sé si pueda.

Saúl ¡Claro que puedes!

Luis Regáñalo. Dale instrucciones. Amenázalo.

Saúl De aquí no te paras hasta que te tomes esa sopa. No la veas. Cierra los ojos. Llena una cuchara. Abre la boca. Muy bien. Ahora ciérrala. No la abras. ¡No la abras, carajo!

Luis "¡No! ¡Así no se puede! ¡Colabora! ¡No eres un niño! ¿Es que prefieres seguir yendo al baño cada diez minutos? Comencemos otra vez".

Carmen Poco a poco. Cuchara, traga; cuchara, traga. Poco a poco le irá tomando el gusto.

Saúl A Luis terminó gustándole.

Luis ¡Qué no daría por comerme tu plato!

Carmen ¿Seguro no quiere probarla, señor Saúl? Bueno, entonces me la llevo y se la come usted a la noche, Padre.

Miguel No, a la noche no. Tengo nusa en Santa Fe.

Carmen Se la lleva y la calienta allá, Padrecito. Perdón, Padre, se me salió otra vez, pero es que a mí usted no me parece un Padre sino... un Padrecito.

Saúl Ya te entendió, mujer, ve, ve.

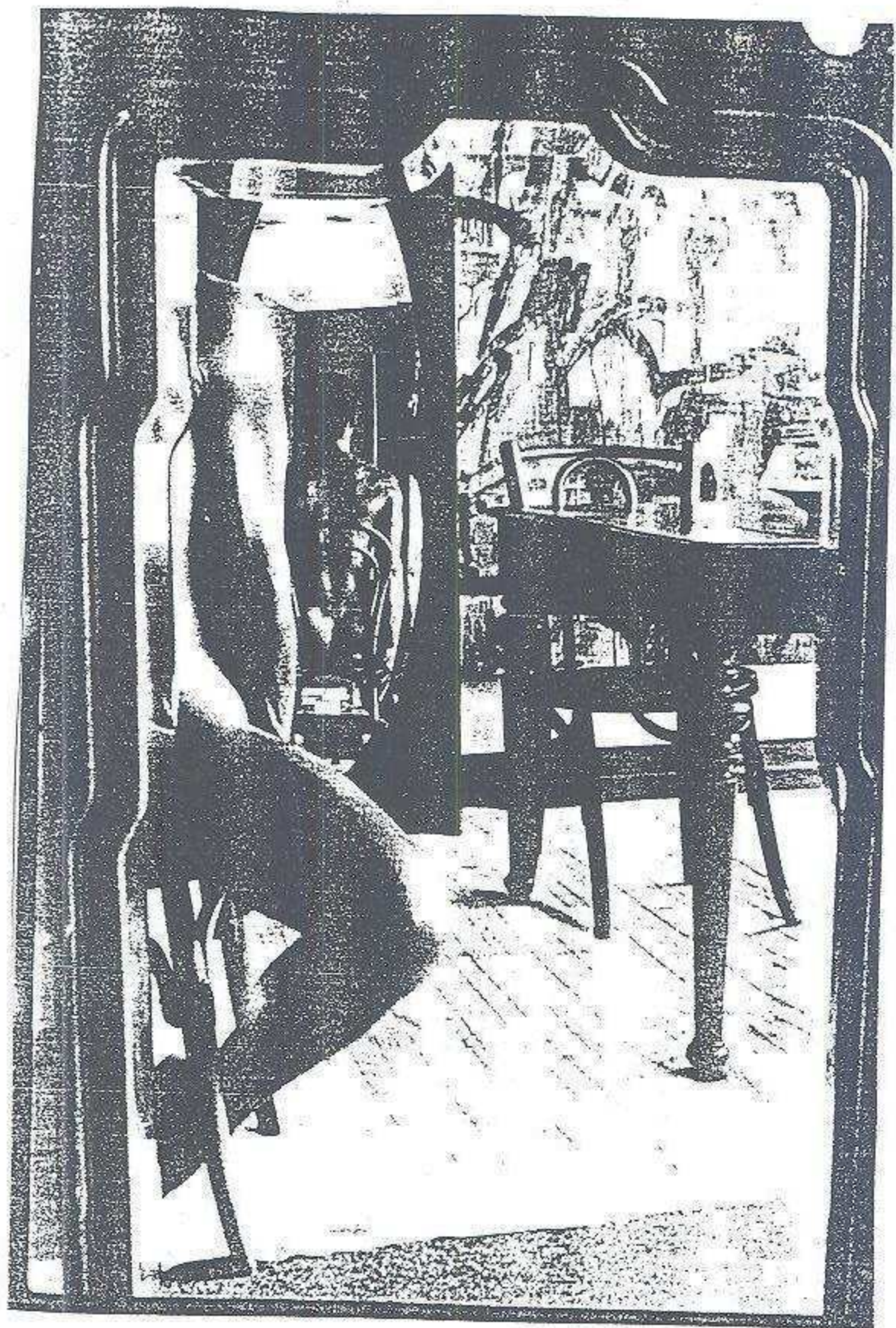
Miguel Venga, Carmen, déjeme darle las gracias y un beso.

Carmen ¡Mírolo! ¿Cómo voy a llamarlo Padre si es un Padrecito? *(Sale).*

- Miguel** ¿Cuánto tiempo lleva ella contigo?
- Saúl** Un milenio. Te tomaste todo el plato. ¡Felicitaciones!
- Miguel** ¿Me vas a dar un premio?
- Saúl** Si pudiera... lo que me gustaría darte, transmitirte, serían ganas de vivir.
- Luis** Puedes.
- Miguel** ¿Cómo?
- Luis** Dile que no dramatice.
- Saúl** "¿Cómo?" No dramatices. Eso lo hacías cuando eras actor, o lo haces cuando predicas, pero en el diario vivir...
- Miguel** ¿Cómo olvidarme si de repente siento dolor, si veo mi cuerpo deteriorarse? Evito los espejos. Me aturde la pregunta que no tendrá respuesta.
- Luis** "¿Por qué yo?" Muy bien, Saulito, llegó el momento: lúcete.
- Saúl** ¿Sabes lo que Luis y yo descubrimos para poder seguir viviendo? El sentía todo eso que me acabas de decir hasta que un día, quejándose como lo hacía cada día, de repente ¿sabes lo que se le ocurrió?
- Luis** Déjame que se lo cuente. De ahora en adelante, viviremos de la siguiente manera: al abrir los ojos cada mañana, me sorprenderá verme vivo. Por lo tanto, tengo un día más por delante. No lo desperdiciemos quejándonos. No lo agotemos pensando que me voy a morir. Después de todo, todo el mundo morirá algún día, pero sabemos que ya hoy no moriré. Entonces, aprovechemos este día y cuando llegue la noche y me acueste a dormir, lo haré confiando en que no moriré en el sueño, que probablemente mañana tendré un día más.
- Saúl** Nos fue mejor desde entonces.
- Miguel** Yo me encomiendo a Dios cada noche al acostarme y cada mañana al levantarme.
- Saúl** Después de que te encomiendes, prueba el consejo de Luis.
- Luis** Falta, Saúl, falta por decirle...
- Saúl** Me faltaba decirte...
- Luis** Que hay que aguzar, refinar al máximo, el sentido del humor. Burlarse de uno mismo, bromear con la enfermedad, no tomarla a ella ni tomarse a uno mismo demasiado en serio.
- Miguel** No dramatizar.
- Luis** Así es. Porque lo único que sacarás de preocuparte, de atormentarte, de preguntarte, será debilitarte.
- Miguel** ¿Qué fácil es decirlo! ¿Quién te lo va a creer?
- Luis** ¿Así es la cosa? ¡Que se quede con su tragedia! ¡Que sufra bastante como buen cristiano! *(Sale)*.
- Miguel** ¿De qué te ríes? De mí, evidentemente

- Saúl Evidentemente. ¿De quién más?
- Miguel Si de payaso sirvo...
- Saúl Aún no te he visto hacer de cura. Ya es hora de que me invites a una de tus misas.
- Miguel Cuando quieras, vente con Carmen a Santa Fe.
- Saúl Perfecta compañía. Ella cree en tu Dios.
- Miguel ¿Y tú no crees en ninguno?
- Saúl Digamos que hasta ahora, no se me ha "manifestado". Disculpa mi cinismo.
- Miguel Al contrario; en este caso es la verdad. Dios se le manifiesta a uno. La gente cree que buscándolo lo encontrará, y no es así. Es como el amor que aparece cuando menos lo esperas.
- Saúl ¿Como el amor entre dos personas?
- Miguel Exacto. Dios se me manifestó y dedicarme a servirlo fue, como me dijo un jesuita alguna vez, un enamoramiento. Simplemente eso: un enamoramiento. A mí me sucedió y me cambió para siempre.
- Saúl Cambiar para siempre. No me disgustaría.
- Miguel ¡Ojalá se te diera!
- Saúl "Y tú que lo veas, mi bueno". Así dicen los judíos de Marruecos. Y, a veces, dicen algo aún mejor. Repíteme tu deseo.
- Miguel ¿Cuál deseo?
- Saúl Ese, el que me acabas de decir.
- Miguel ¡Ojalá se te diera!
- Saúl "¡Tu boca en los cielos, mi Rey, tu boca en los cielos!"

Oscuro.



Escena 3

Adagio: 50 segundos a 1:22 minutos. Luz clara de mañana. Luis, cámara en mano, tomando fotos de los platos y cubiertos en la mesa. Los arregla de una y otra forma, como buscando diseños. Gradualmente va colocando todo en una de las sillas, hasta que la mesa queda limpia y sin mantel. Entra Nancy cargando dos bolsas de supermercado. Las deja encima de la mesa y vuelve a salir, encontrándose a medio camino con Carmen quien también trae dos bolsas y las coloca junto a la mesa. Sale. Luis comienza a fotografiar las bolsas. Regresan Nancy y Carmen, cada cual con dos bolsas más.

Carmen Venga y sentémonos, Nancy. Esas escaleras y estas bolsas matan a cualquiera.

Nancy Es la altura. Quédese tranquila ahí. Voy y le traigo un vaso de agua.

Carmen Gracias, mi niña. ¡Qué suerte tuvo el Profesor en tenerla como asistente! (Sale Nancy).

Luis No te muevas. Quédate así un instante.

Carmen ¿Ya? ¿Cuántas piensas tomarme? Te traje las verduras y las hortalizas que me pediste.

Luis Perfecto. Sácalas de las bolsas y ponlas en la mesa. Hoy vamos a trabajar de verdad.

Nancy (Entrando con el vaso de agua). Pero, señora Carmen, ¿no le dije que se quedara tranquila, ahí sentada? Tómese este vaso de agua y déjeme que yo le ordene las cosas.

Carmen El mareo ya se me está pasando.

Nancy Acuérdesse de lo que todo el mundo recomienda: caminar despacito, subir escaleras despacito...

Carmen Venga, mi niña, siéntese a mi lado.

Nancy ¿No quiere que ponga todo esto en la nevera?

Carmen Siéntese aquí tranquila. Hacía días que no sentía la altura.

Nancy Cuando le pase eso, recuérdese recostarse un ratito y tomar mucha agua.

Carmen Lo hago. Todos los días lo hago. ¡Qué lugar más increíble es este! Enfrente, esas montañas enormes y grises...

Nancy Satil dice que parecen papúdermos. Elefantes, quise decir. En cambio, a los españoles cuando llegaron aquí por primera vez, les parecieron tajadas de sandías. Como las vieron al atardecer, las llamaron las Montañas Sandías.

Carmen La que tenemos en Caracas se llama Avila. No se parece a estas. Siempre está verde. Nada de lo de allí se parece a esto. Ni estamos tan altos ni tenemos un desierto como ese. Al otro lado de las montañas. Menos, un cielo tan inmenso como el de aquí. Cuando lo vi por primera vez, alla

lejos, pensé que era el mar. "No sea bruta, mujer", me rezongó el Profesor; "aquí no hay mar".

Nancy ¿Organizamos todo este mercado?

Luis Saquen las berenjenas y el coliflor.

Carmen Saquemos el resto de las verduras y las ponemos aquí en la mesa. A él le gusta ver todo lo que compro.

Nancy Le ha hecho mucho bien su llegada. Ya no parece tan triste ni tan decepcionado con todo esto.

Carmen ¿Cómo no iba a estarlo si al no más llegar, se enfermó? Menos mal que la tenía a usted y al Padre Miguel.

Nancy El mismo Padre Miguel tiene mejor cara que cuando lo conocí. ¡Hasta se ve más repuesto! Es su cocina, señora Carmen.

Luis ¡Mira cómo te inflas con tantos cumplidos!

Nancy ¿De qué sonrío?

Carmen De Luis. Con Luis. Le gustaba todo lo que le hacía.

Nancy ¡Qué pena que alguien tan talentoso no esté más con ustedes, que yo no lo haya conocido! Me encantó su serie de fotos de naturalezas muertas.

Carmen No hay ninguna de muertas.

Nancy Las de las flores, mezcladas con verduras y hortalizas. Como lo que está aquí en la mesa. ¿Cómo se le ocurrió? ¡Qué buen ojo tenía!

Luis Ojo y pulso. Eso es todo lo que tengo. Ojo para ver, pulso para presionar el botoncito. Cada vez que tomes una foto, recuerda eso.

Carmen Déjeme buscar mi Polaroid para tomarle una foto. Esa cámara me la regaló él. No se mueva. *(Sale)*.

Nancy vuelve a sacar cosas de las bolsas y Luis sigue tomando fotos. Con cada click de Luis, Nancy se sobresalta, mira a su alrededor como si buscara a una avispa que la está rondando. Entra Saúl.

Saúl ¡No me digas que Carmen te ha puesto a trabajar!

Nancy ¡Ay, me asustaste!

Saúl Ya estabas asustada cuando entré. ¿Por qué brincabas a cada instante?

Nancy No sé, sentía como si una avispa...

Saúl ¿Una avispa en invierno y dentro de la casa?

Luis Una avispa en invierno y dentro de la casa. Lo que sucede es que yo estoy en tu casa de Caracas, trabajando. Mucho antes que ahora, por supuesto. Colapso de tiempos. Ventaja de la muerte.

Nancy Aquí todo es posible. No lo olvide, mi querido Profesor. Cuando llegué hace tres años, lo primero que me advirtieron fue que estaba en un lugar mágico. Suceden cosas extrañas que no tienen explicación.

Luis Mirame a mí.

- Saúl** Cada día me voy más cuenta de esa magia. Puede ser el aire enrarecido, la falta de contaminación. (*Viendo entrar a Carmen con su Polaroid*).
¿Sesión de fotos, ñoña Carmen?
- Luis** Que practique, a ver si por fin aprende.
- Nancy** Dicen que el cerebro funciona mejor, gracias a este aire.
- Carmen** A mí me marea. Si no tomo fotos, ¿qué voy a hacer con el álbum que el Padre me regaló?
- Saúl** Funciona mejor el cerebro y también el corazón. A veces me siento, no sé, exaltado, como sobrecitado.
- Carmen** A lo mejor es toda esa habladera de religión con el Padre Miguel. Que yo sepa, usted nunca fue a misa.
- Saúl** Me regaló la biografía de San Pablo, ochocientas páginas que ya voy terminando. ¿Sabes que antes de ser santo y Pablo, se llamaba igual que yo: Saúl? Me invita a visitar pueblos cuando lo mandan a predicar. Entonces, ¿por qué no acompañarlo?, ¿por qué no irme leyendo ese ladrillo? A lo mejor, lo hago por simple curiosidad. Simple, no. Por esa curiosidad que es el síntoma esencial de la vida. Si la pierdes, también se te van las ganas de vivir.
- Luis** Eso fue lo que a mí me pasó. Adviértesele al cura.
- Saúl** Ayer mismo se lo decía a Miguel.
- Nancy** ¿Es que ha perdido las ganas de vivir?
- Carmen** No, él está muy sano. Quise decir, muy bien.
- Saúl** Se deprime por toda la burocracia eclesiástica, por los rigores de su profesión. Quisiera ejercerla con más dinamismo, incluso poniendo a los fieles a hacer teatro, y eso no es kosher, como decimos los judíos.
- Nancy** ¿Te das cuenta, Saúl, de la magia? Tú, un judío, viniste aquí a encontrarte con un sacerdote a quien aconsejas.
- Luis** No es tan simple. Es más complejo.
- Saúl** Nos aconsejamos mutuamente. Mejor dicho, discutimos. Más precisamente, peleamos sin aun haber llegado a los puños.
- Carmen** El padre no ha venido en toda la semana a comer.
- Saúl** Podría muy bien hacerlo mientras yo estoy en la Universidad, pero más puede su orgullo. "No quiero depender de nadie, y menos de ti", me dijo cuando le insistí que todos, afortunadamente, dependemos de mucha gente.
- Luis** Volverá. Está a punto de llegar. Las ámulas somos como los perros: olamos a quien llega antes de que llegue.
- Saúl** Bueno, tomé sus fotos.
- Carmen** Póngase aquí, de pie, para sacarle una de cuerpo entero.

Luis Agáchate un poquito, Carmela.

Carmen Me agacho para que salga completa. Ahí va. Déjeme ponerla aquí en la mesa para que se seque. Ahora le tomo una con el Profesor. Muy bien. Ahí va. Y aquí la dejó.

Nancy Déjeme tomarles una a ustedes dos. ¿Cómo se hace?

Luis Mira y apricta. Sin temblar.

Carmen Primero mire, y no tiemble al apretar.

Luis *(Colocándose al lado de Nancy)*. No me poses, Saúl.

Nancy Estás muy rígido, Saúl. Sonríe.

Luis No vean la cámara.

(Mientras Nancy ha tomado una, el click de la cámara de Luis ha sonado varias veces).

Carmen En día le mostraré las fotos que Luis nos tomó.

Nancy Serán infinitamente mejores que la mía.

Saúl *(Revisando las tres fotos)*. Ya empiezan a mostrarse. Nos veremos muy bien. Esa es la maravilla de una foto. Está ahí: fija para siempre.

Nancy Como si el tiempo no pasara.

Saúl Las fotos son iguales a la muerte: congelan el tiempo para siempre.

Luis Tristeza no, Saulito, por favor.

Saúl No lo digo con tristeza. Se me acaba de ocurrir que toda foto siempre será igual. Las que guardamos de Luis, por ejemplo, nos lo mostrarán en toda su espléndida juventud cuando pasen los años. En ellas no envejecerá; no se arrugará; no perderá dientes o pelo; menos, su brioso porte o su gran sonrisa. ¿Sabes lo que es un encantador de serpientes, Nancy? Bien, eso era Luis y seguirá siéndolo en esas fotos. Siempre, siempre estará sonriendo como cuando la cámara lo captó.

Luis sonríe ampliamente a Saúl y a Carmen, quienes le devuelven la sonrisa de satisfacción.

Nancy *(Mirando a Saúl y a Carmen)*. Los miro a ustedes dos sonriendo, y casi veo a Luis.

Oscuro.



Escena 4

Adagio: 1:23 a 1:44. Todos en la misma posición anterior más Miguel quien acaba de entrar, en una mano un ramo de flores y en la otra una caja de pastelería.

- Miguel** ¿Interrumpo?
- Carmen** Pase adelante, Padrecito, yo sabía que usted vendría hoy.
- Luis** ¿Por qué no le dices quién te lo dijo?
- Saúl** Gusto en verte. Pasa, pasa.
- Nancy** ¿Cómo le va, Padre?
- Miguel** Más de una vez te he pedido que no me llames Padre. Con Miguel basta, y de tú a tú.
- Carmen** Yo no podría...
- Saúl** Usted es diferente: más vieja y ahora, muy beata. Miguel tiene razón, Nancy.
- Nancy** Trataré, Miguel, te lo prometo. Ahora me disculpan, pero debo irme. A eso iba cuando usted, quise decir, cuando tú llegaste. Mañana vengo para la clase de inglés.
- Carmen** Y se queda a comer. Esta noche repaso mi tarea.
- Miguel** ¿Qué tal van esas clases? ¿Cuándo hablamos en inglés, doña Carmen?
- Saúl** Ya sabe decir: "one moment, please", cuando contesta el teléfono. Así podríamos titular su biografía: "one moment, please".
- Nancy** No te burles, Saúl. Ella ya comprende y habla un poquito.
- Carmen** Nunca tanto como el Profesor en sus clases de hebreo. Como él es un genio y yo, una pobre bruta.
- Saúl** Lloremos, amigos, lloremos por la brutalidad de esta pobre mujer.
- Luis** Si te sigues burlando de ella enfrente de estos dos, te salgo a media noche y no podrás seguir durmiendo. Lo he hecho antes y puedo volver a hacerlo.
- Saúl** Fue sólo una broma, mi querida Carmen. Perdóneme.
- Miguel** ¡Un milagro! El General pidiendo perdón. ¿Cómo se dice perdón en hebreo?
- Saúl** Ni idea. Mañana se lo preguntaré a la maestra.
- Miguel** Clases de hebreo, clases de inglés... Esta casa se ha vuelto una verdadera academia de idiomas.
- Nancy** Nosotras estudiamos en la cocina y ellos aquí. Si te quieres inscribir, habla con el General. ¡Hasta mañana! *(Sale)*.
- Miguel** Repartición de regalos: el pastel de manzanas es para mi anuga Carmen. Sospecho que aún no ha probado esta receta clásica de los americanos.
- Carmen** La probaremos todos al ratico, porque hoy no se me va sin comer,

Padrecito.

Miguel A lo mejor no me voy más nunca. ¿Qué le parece si me quedo aquí, con usted, toda la vida?

Luis ¿Como me estoy quedando yo?

Saúl ¡Otro milagro!

Miguel Uno más. Las flores son para ti.

Saúl ¡Y otro más! ¿Cuántos faltan?

Miguel Muchos más. Ya verás.

Carmen Trate de que no lleguen todavía porque tengo que preparar la cena. Bellas sus flores. Muchas, muchas gracias. Las pondré en agua. *(Sale)*.
Saúl y Miguel evitan enfrentarse. No se miran.

Luis Dile algo. Es buena gente. Trajo pastel y flores. Dile algo, pero nada de ironías, por favor.

Saúl A veces se me pasa la mano con mis ironías.

Miguel Te conocemos. Se nos olvidan.

Saúl *(Pausa larga)*. ¿Qué te habías hecho? Me hacías falta.

Luis ¡Bravo, mi Saulito, así me gusta!

Miguel ¿No me recomendaste que buscara a mis amigos? Eso he hecho.

Saúl Y ¿qué tal?

Miguel Como de costumbre, acertaste. Gracias a ti, he pasado unos días muy reconfortantes.

Saúl Dime una cosa: ¿es en el Seminario donde les enseñan el uso de esos adjetivos clericales? ¡"Reconfortante"! ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué consuela?

Luis Ya metiste la pata. Eres insoportable.

Miguel Emocionantes. ¿Le gusta más a mi General?

Saúl Mucho más. Así veo casi todo. Así entiendo que has ido de emoción en emoción.

Miguel Decidí ver a los tres que juzgué, quise decir, que pensé más cercanos. Dos hombres y una mujer. Por cierto, todos te quieren conocer.

Luis Haz una reverencia. Da las gracias. O mejor, no digas nada. Volverás a meter la pata. *(Va y se acuesta en una tumbona)*.

Saúl ¿Por qué no los invitamos aquí una noche? Carmen les hará su comida criolla. Seguro les gustará más que el menú de sus conventos.

Miguel No son curas o monjas.

Saúl ¡Ah! Pertenece a tu otra vida. Te fuiste al pasado.

Miguel Recordé cuánto nos queríamos, y no me equivoqué. Encontré el mismo afecto anterior. Ella es una actriz, o era actriz en aquella época, y ¿sabes lo que me contó? Que asistió hace como seis meses a una misa mía en

Santa Fe y que me vio tan apasionado en lo que hacía, que no se atrevió a venir a saludarme al final.

Saúl No la culpo. ¿Recuerdas que en la primera misa que te vi officiar, no dejé de gimotear y llorar? Tus amigas, aquellas viejitas, se me acercaron luego a recomendarme que me cuidara ese resfriado. "Hoy todo le duele, ¿no es verdad?" Así me dijeron.

Luis Hoy todo me duele.

Miguel Llorabas pensando en Luis, o viendo a Luis en mí.

Luis Me duele todo, Saúl. Si pudiéramos creer que algo...

Saúl Lloraba de dolor, pero también de emoción. Es que basta verte ahí en el púlpito, hablando y gesticulando, moviéndote de un lado a otro, para que uno sienta que puede ser cierta.

Miguel ¿Qué?

Saúl La palabra de Dios. ¿No es así como se le llama? Cómo lo logras, es tu misterio. A veces pensaba que usabas trucos de actor, que nos dabas una representación, pero era más que eso. Era...

Miguel "Un eterno acto de amor de la divina predestinación": San Pablo. ¿Has seguido leyendo su biografía?

Saúl Cada día unas veinte páginas. Me gusta mucho. Ya me dí cuenta por qué me la regalaste: piensas que estoy en mi camino a Damasco. Sin embargo, aún no he visto en el cielo un resplandor de fuego, ni he oído el reclamo de la voz de Jesús: "¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?"

Miguel Pero desde que llegaste aquí venías con una pregunta similar: ¿Por qué te persigue no solamente el recuerdo de Luis sino la injusticia de su muerte prematura?

Luis Tengo miedo, Saúl, tengo miedo.

Saúl Entonces, era el miedo. No sabíamos qué hacer. Y el miedo se quedó conmigo.

Miguel Saúl, después de oír la voz, se moría de miedo.

Luis Más es mi miedo que la enfermedad.

Saúl ¿Vas a insistir en compararme con tu santo? Claro, como él fue judío, igual que yo, y se volvió cristiano...

Miguel Te equivocas. No me interesa el proselitismo. Al mismo tiempo, no niego que me agradaría mucho que Dios te eligiera. Ya te lo dije una vez: es él quien nos elige, no lo elegimos nosotros. Puede suceder cualquier día.

Saúl Precisa el día: di cualquier "bendito" día.

Miguel Por lo menos, no te burlas del adjetivo "bendito".

Saúl ¡Ay, mi querido Miguel, mi bondadoso y generoso Miguel! Créeme que jamás me burlaría. Créeme que te envidio. Créeme que me sentiría hon-

rado de convertirme en apóstol, uno de esos que espera y encuentra milagros.

Luis Si por un milagro, cerrase los ojos y me olvidara de todo...

Saúl Si abriese los ojos y creyese como tú.

Miguel Es mi única fortaleza. Es todo lo que me queda.

Luis Siento que ya me voy. Nada me queda.

Saúl Nada más queda. Afortunado tú con tu fortaleza porque al no tenerla como me ha sucedido a mí, ¿qué se puede decir frente al miedo? No hay palabra, no hay gesto que ayude. ¿A quien siente que se va, qué se le puede decir? ¿Qué se dice frente a lo irremediable? ¿Ten fe? ¿Vete con tu fe?

Miguel Se le dicen las cosas que tú me has estado diciendo desde que nos encontramos.

Luis Déjame solo.

Saúl Literatura, Padrecito, pura literatura.

Miguel Así que has estado engañándome.

Luis Déjame tranquilo.

Saúl O tranquilizándote.

Miguel Mentira. No puede ser verdad que tu cinismo domine tus sentimientos. No puede ser mentira todo lo que tú y Luis aprendieron viviendo su agonía.

Luis Un día quiero que me cuentes mi llegada a Venecia. Si es que aún me quedan días...

Saúl Al final, divagaba o desvariaba, no sé cómo se dice. Me pidió que le contara su llegada a Venecia. Había estado dando vueltas por Europa el año antes, como despidiéndose del mundo. Sin embargo, no conocía Venecia y, al regresar, lo primero que quiso contarme fue su llegada a esa ciudad. Ahora, al final, quería que yo le contase lo que le había escuchado. ¿Te das cuenta de que desvariaba?

Luis Cuenta, cuenta.

Miguel Cuéntamela a mí.

Saúl Se bajaron del tren, iba con Antonio, y en medio de un oscuro aguacero, tomaron el vaporetto que se enfiló hacia el Gran Canal. Llovía y llovía, pero al no más entrar al pleno medio del Canal, cesó la lluvia, se abrieron los cielos y un sol radiante se apoderó de todo. A Luis se le llenaron los ojos de lágrimas. Lloró con gemidos y con ganas, sin hacer caso a Antonio que le preguntaba si se sentía mal. Me callé y ¿sabes lo que me dijo Luis?

Luis Cuéntámelo otra vez, pero con más detalles. Que sienta la lluvia, que

43
sienta el sol, que vea los palacios, el agua gris batiendo contra las góndolas y el cielo azul arriba. ¿Me entiendes? Quiero ver a Dios como lo vi esa vez.

Miguel Entonces, ¿de qué hemos estado hablando? Luis vio a Dios en Venecia.

Saúl Te dije que divagaba. No sé si lo vio, o si ya en Caracas, muriéndose, quiso creer que lo vio. Lo que sí sé es que Dios lo abandonó.

No me mires con cara de espanto. Por supuesto que lo abandonó.

De lo contrario, le hubiese dado vida.

Miguel La muerte es parte de la vida, no el final de la vida.

Saúl Ahora eres tú quien está haciendo literatura.

Miguel Si Luis estuviese aquí ahora, te lo podría decir.

Saúl Pero no está, mi querido creyente. Solamente está en mi cabeza y en mi corazón, y lo único que me dice aquí y aquí es: ¿por qué?

Miguel Entonces, no me des más consejos "literarios". No me acompañes más.

No me recomiendes que salga a la vida y que dependa de la gente.

Déjame seguir solo.

Saúl Solo no estás. Tienes a Dios.

Miguel Eso fue lo que quise decir. Déjame solo con mi Dios. *(Sale)*.

Saúl *(Lentamente va hacia Luis quien está con los ojos cerrados. Se acuesta en la otra tumbona)*. ¿Volví a meter la pata, Luisín? Creo que sí, pero ¿cómo creer en Dios? Mucho lo mencionábamos tú y yo como para consolarnos, como para tener de quién agarrarnos, como para sentir que tu muerte no sería el final. ¿Estás dormido o ya estás muerto? ¿Estás aquí con nosotros, como te siente Carmen, o es que este aire del desierto trae visiones? Algo trae porque a Miguel me lo trajo sin yo solicitarlo.

Carmen *(Quien ha encontrado un poco antes y ha oído parte de lo dicho por Saúl)*. ¿Otra vez hablando solo? ¿Como lo hacía allá en Caracas, después de muerto Luis? Se acostaba a hablar con él. Luego se sentía mal. "Vacío", decía. Párese y sacúdase. Lástima que el Padre se fue sin comer. De la ventana de la cocina lo vi salir. Bajó rápido las escaleras de dos en dos, como si estuviera escapando.

Luis *(Abriendo los ojos)*. De mí, Carmela, de mí.

Saúl De mí, de mí.

Oscuro con todo el adagio.



Segunda Parte **Escena** 5

Adagio: 1:45 a 2:15. Las tumbonas tienen ahora forros de flores, al igual que la mesa tiene otro mantel, pero manteniendo los colores de las fotos en blanco y negro. Sentados en la mesa, Saúl y Miguel con un libro, repasando el rezo del Shemá. Se oyen las voces de Carmen y Nancy repasando la lección de inglés.

- Nancy** The kitchen.
- Carmen** The kitchen.
- Saúl** Shemá Yisrael Adonay Elohenú Adonay Ejad.
- Miguel** Shemá Yisrael Adonay... Elojenu...
- Saúl** No es con jota. Sin sonido. Elohenú.
- Nancy** The door.
- Carmen** The door.
- Miguel** Shemá Yisrael Adonay Elohenú... Adonay Ejad.
- Saúl** Muy bien. Ahí sí va la jota: Ejad.
- Nancy** *(Entrando seguida de Carmen, quien trae papелitos amarillos autoadhesivos y los va pegando de acuerdo a la palabra que dice Nancy).* The chair. The floor. The tablecloth. No, doña Carmen, no the table sino the tablecloth.
- Saúl** Llegó la invasión.
- Miguel** ¿Para qué son los papелitos?
- Carmen** Para que todo el día recuerde cómo se llama cada cosa.
- Saúl** ¿Y no hay suficientes cosas en la cocina para que no molesten aquí?
- Nancy** No haremos ruido. Venga, yo le señalo los objetos y usted pega cada papелito.
- Miguel** ¿Repetimos? Shemá Yisrael Adonai Elohenú Adonai Ejad.
- Saúl** Perfecto. Suenas a rabino.
- Nancy** *(En las tumbonas).* Blue... red... yellow... white...
- Miguel** Sigamos con la próxima oración.
- Saúl** Baruj Shem Kevod Maljutó Leholam Vaéd.
- Miguel** No tan rápido.
- Carmen** El Padre tiene razón, Nancy. No tan rápido.
- Nancy** Usted ya se sabía los colores. A ver, dígame ¿de qué color es el cielo?
- Carmen** Blu y se llama eskái.
- Miguel** ¡Bravo!
- Saúl** O me prestas atención o se acabó la clase. Además, aún no me has dicho para qué diablos quieres aprender este rezo.
- Miguel** Es la esencia del judaísmo. Un cura debe saberlo.
- Nancy** ¿Para qué?

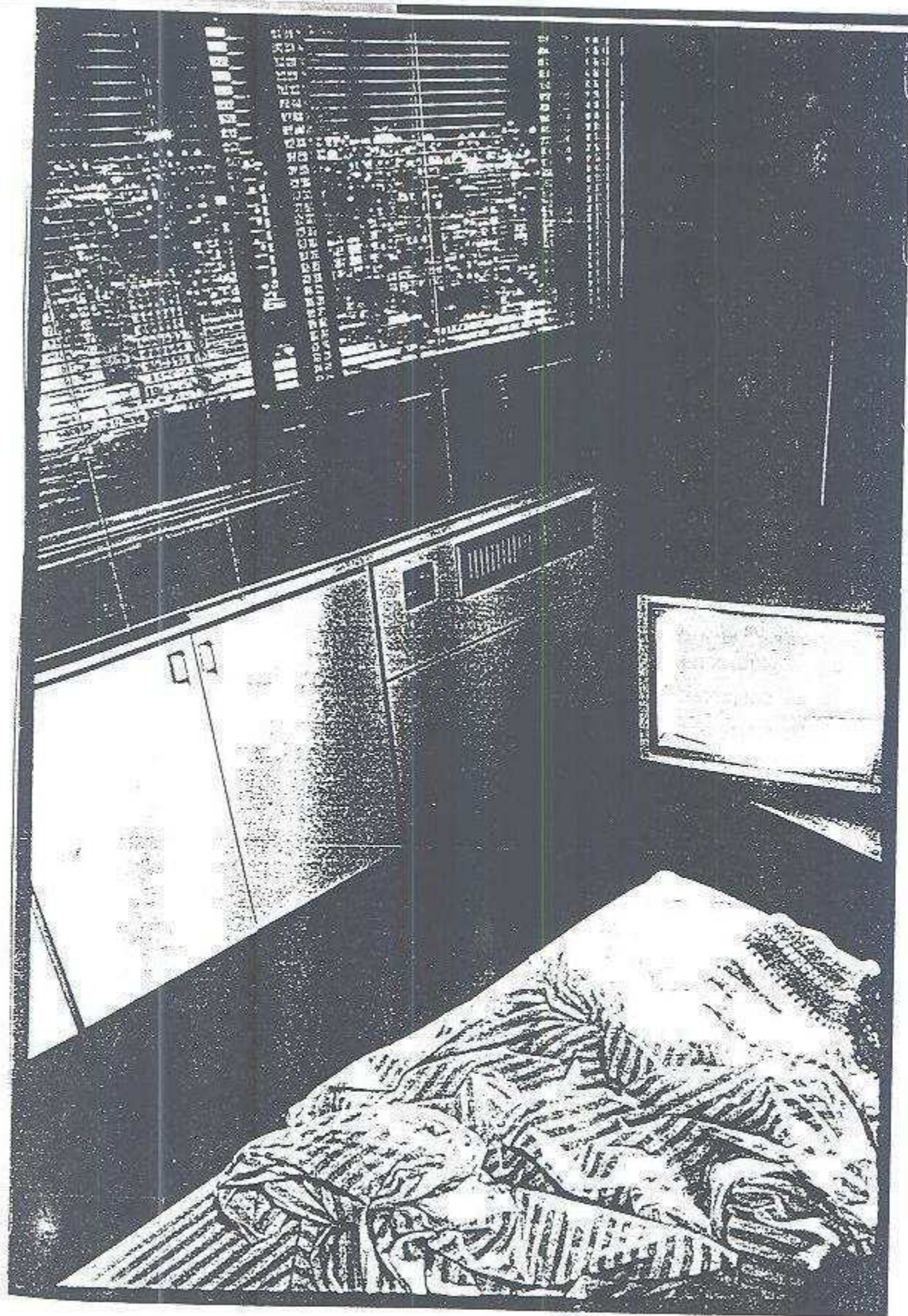
- Miguel** ¡Ah, para algo que estoy preparando!
- Saúl** Para escandalizar a tus fieles, seguramente. Les sueltas esa perorata en hebreo y el estupor se oirá por todo el templo. Acuérdate de lo que tantas veces te he dicho, Padre mío: un día de estos ¡te protestarán, te insultarán y te colgarán por las bolas del campanario! Y usted, Carmen, no le ponga cara de vergüenza a Nancy por lo que he dicho. Ella, como buena feminista, sabe muy bien a cuáles bolas me refiero.
- Carmen** Red... rojo... como la furia de ustedes saben quién.
- Nancy** Mi feminismo surgió como protesta ante hombres como tú.
- Miguel** Así también surgió mi religión.
- Saúl** Estamos rodeados de fanáticos, mi buena Carmen. Vinimos a Albuquerque a ser tragados por fanáticos.
- Carmen** El único tragado será usted. Yo también soy fanática. Yellow... amarillo, como la envidia de ustedes saben quién.
- Saúl** ¿Así que yo envidio a los fanáticos? ¿Y de qué es usted fanática? Diga, diga.
- Carmen** White... blanco... Como una página en blanco. No tengo por qué decirlo.
- Saúl** De los caballos, de la lotería, de todo lo que se juegue por dinero, ¡y siempre pierde! ¡Les juro que siempre pierde! ¿Es verdad o es mentira?
- Carmen** Es verdad, a mucha honra. Por eso soy igual que ellos. ¡Fanática! Mal no le iría en aprovechar que estamos aquí, lejos de allá, para volverse fanático. De algo, de lo que sea.
- Miguel** ¡Bravo otra vez, mi querida doña! No se deje apabullar.
- Nancy** Me hace sentir feliz porque además del inglés algo ha aprendido de mí.
- Carmen** ¡Claro que sí! De los dos estoy aprendiendo muchas cosas, pero la más importante es...
- Saúl** Aquí nos viene: la última esclava que existía en el mundo, va a exigir su libertad.
- Carmen** Así me llamaba siempre Luis: la última esclava del mundo. (*Luis aparece a un costado y se queda viéndola*). Y me reía como me estoy riendo ahora. Ya no lo siento tan presente como antes, cuando parecía estar en todas partes junto a mí. No sé qué me ha pasado. (*Luis sin moverse, le sonríe*).
- Saúl** Las malas influencias, mi amiga, conducen al olvido.
- Carmen** A veces pienso que puede ser el comienzo de la primavera. Me maravillo cada mañana viendo las nuevas hojas en los árboles, los brotes en las matas, sintiendo el calorcito al despertar. Nunca fui muy creyente o religiosa. Padrecito. A lo mejor por eso es que me he llevado tan bien con ustedes saben quién, pero...

- Saúl Aviseme si ése va a ser mi nuevo nombre: "ustedes saben quién".
- Carmen Ahora, viendo día a día la primavera, tengo la certeza de que hay un Dios. ¡Lástima que Luisín no la pudo ver! A lo mejor allá donde está...
- Luis *(Acercándose y susurrándole)*. No estoy en ninguna parte, mi amor. Ese allá no existe. Menos existe allá la primavera. Y si acaso yo existo, es porque tú me recuerdas.
- Miguel Deme un abrazo, mi querida Carmen.
- Carmen Un abrazo y dos besos, como me daba Luis.
- Saúl ¿Y qué pasó con el olvido?
- Carmen Al recordarlo, apareció.
- Nancy Yo le entendí lo que quiso decir. Cuando llegué aquí vine cargada de recuerdos, como llegan todos. No sé por qué prefieren este sitio los que escapan. En los últimos diez años, más de medio millón se han residenciado aquí. Lo dicen las estadísticas. Vine cargada de recuerdos y harta de Chicago. Me decía que venía para escapar del frío, del viento y de la nieve. Mentira. Llegué y mis mentiras se enfrentaron a las verdades naturales de este territorio: sus montañas, sus ríos, ese cielo que usted creyó era mar. Y apareció el espíritu del que habla D.H. Lawrence. Fue un escritor inglés, doña Carmen, autor de novelas atrevidas, que también llegó aquí en los años veinte, se quedó y murió en Taos, un pueblito que queda al norte. Me sé de memoria lo que dijo de tanto que lo he repetido: "No sé lo que es. Es un espíritu... Está aquí, en este paisaje... Tiene algo que ver con la América salvaje. Y tiene algo que ver conmigo. Ahora estoy donde quiero estar: con el espíritu que me desea".
- Luis Eso fue lo que te quise decir, Carmela. Sólo soy un espíritu.
- Nancy Y ese espíritu me devolvió los recuerdos como lavados, como limpiados para que yo, poco a poco, cuando me diesen ganas, los ordenase, como las fotos de su Polaroid en el álbum que le regaló el Padre. Sin angustia sin prisa y, ¿por qué no?, con mucha nostalgia.
- Saúl Nunca antes me habías contado eso.
- Nancy Las oportunidades se presentan, y ahora ésta se presentó.
- Miguel Así te conté yo mi conversión en aquel restaurante griego.
- Saúl De modo que estoy rodeado de conversos. ¡Alabados sean!
- Nancy Miguel y yo no somos iguales. El fue a un encuentro. Yo venía escapando.
- Saúl Pero tú encontraste ese espíritu de Lawrence.
- Nancy No lo encontré. Estando en todas partes, ¿cómo ignorarlo?
- Carmen Igual me pasa con Luis. Y le pasa a usted también. No lo niegue.
- Saúl Jamás lo negaría. Es mi consuelo. Saberlo junto a mí.
- Luis Gracias.

- Saúl Pero Luis es, digamos, nuestro espíritu privado. Mientras que ese otro está en todas partes, como dice Nancy.
- Nancy ¿Te estás burlando o hablas en serio? Muy bien, si no es burlón tu comentario te diré que ese espíritu es un impulso, algo que se te mete dentro y te cambia el comportamiento, algo que está allá fuera y también aquí dentro.
- Saúl ¿Como el Dios de Miguel?
- Miguel Contesta.
- Nancy No lo sé. Religiosa no soy y practicante, menos. Es como un aire. No sé. Dejémoslo sin definir. Se siente o no se siente, y yo lo siento. Eso me basta.
- Miguel Es más que suficiente. Te mejoró la vida.
- Nancy Definitivamente.
- Saúl Y como Lawrence, piensas quedarte aquí hasta que mueras.
- Nancy El no lo pensó. Se quedó un tiempo y murió de repente. Sus restos fueron llevados a Inglaterra. No sé cuánto tiempo me quedaré aquí. A lo mejor me invitas a Caracas y te sigo.
- Saúl Desde ya estás invitada.
- Carmen Se viene con nosotros y yo le busco un novio.
- Nancy Perfecto. Comenzaré a hacer la maleta, pero antes repasemos toda la clase de hoy.
- Saúl En la cocina, si no les importa. También yo debo terminar de enseñarle la oración al cura.
- Miguel Cada vez que me llamas cura, suena a insulto.
- Saúl A mi amado sacerdote. ¿Mejor?
- Carmen Y es cierto que lo quiere. Hubiese visto lo triste que se puso cuando usted nos abandonó.
- Miguel Pedí perdón.
- Nancy ¿Qué diría la Iglesia si supiese que un Padre pide perdón a un judío ateo?
- Miguel La Iglesia se ha vuelto muy benevolente.
- Saúl ¿No te encantan los adjetivos de Miguel? ¡Benevolente! Con ellos voy haciendo una listica que asombrará a mis amigos en Caracas.
- Miguel Ya sabes por dónde puedes meterte esa listica.
- Carmen ¡Padre!
- Miguel Las malas mañas se contagian, doña Carmen, y hay que hablarles a los fieles en el lenguaje que prefieren.
- Nancy Vámonos antes de que empiece el primer round.
- Carmen Si oigo pelea, vengo y les caigo a escobazos. (Salen).

- Saúl** Baruj Shem Kevod Maljutó Leolam Vaéd. No más peleas.
- Luis** Amén.
- Miguel** Amén.
- Saúl** Amén. Ahora repite conmigo: Baruj Shem Kevod Maljutó Leolam Vaéd. Muy bien. Y vamos desde arriba: Shemá Yisrael Adonay Elohenú Adonay Ejad. Baruj Shem Kevod Maljutó Leolam Vaéd. Si quieres, léelo ahora en español.
- Miguel** "Oye, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno Uno es. Bendito sea el nombre de Su reino glorioso, eternamente". Me llevo el libro para copiarlo en casa. Luego te lo devuelvo.
- Saúl** ¿Por qué, si es tuyo?
- Miguel** Porque te lo quiero regalar. Lo compré para ti. Ahora que estás aprendiendo a leer en hebreo, podrás usarlo.
- Saúl** Para rezar, supongo.
- Miguel** Quien supone que rezarás soy yo. ¿No es para rezar que aprendes a leer?
- Saúl** Más precisamente para liberarme de una frustración. Las pocas veces que iba a la sinagoga allá en Caracas, me quedaba viendo las paredes. Cuando vuelva, quiero leer como todo el mundo. ¡Se asombrarán!
- Miguel** Vanidad de vanidades.
- Saúl** Y ahora dime qué piensas hacer con el Shemá. ¿Vas a decirlo por las noches, al acostarte, y por las mañanas, al despertarte, como lo hacemos los judíos?
- Miguel** ¡Con que "lo hacemos"!
- Saúl** Hágalo yo o no, el rezo no se anuncia. Como la caridad, mi rey.
- Miguel** Pues yo lo diré al comienzo o en el medio de algún sermón. Es contundente. Otro adjetivo para tu listica. Me gusta eso de que Dios es uno eternamente.
- Saúl** ¿Te da seguridad?
- Miguel** Me da lo mismo que el espíritu a Nancy.
- Saúl** De un tiempo para acá te veo mejor, más centrado, menos angustiado.
- Miguel** Es posible, pero persiste el miedo.
- Saúl** Ese persistirá seguramente hasta el final. Así pasó con Luis.
- Miguel** ¿Murió con miedo?

Luis se le acerca por detrás y pone sus manos sobre sus hombros. Oscuro.



Escena 6

Adagio: 2:16 a 2:41. Luis acostado en una tumbona, arropado por una manta casi hasta el cuello. Saúl sentado junto a él, en la otra tumbona. Miguel, desde la mesa, observa.

- Luis** Llámame a Ramírez. No quiero que esto dure más.
- Saúl** ¿Y crees que Ramírez puede hacer que dure menos?
- Luis** Por supuesto. Paramos todos los medicamentos y todas esas malditas inyecciones que la enfermera no encuentra ya dónde clavarme. Mírame, Saulito, no tengo venas, no tengo carne, soy apenas un montón de huesos. ¿Vamos a seguir insistiendo?
- Saúl** ¿Por qué te quieres ir? ¿Por qué dejaste de luchar?
- Luis** No se puede luchar por un montón de huesos. Quiero... no sé qué quiero. Sé que te quiero a ti y a mi familia y a esos buenos amigos que me cuidan con cariño. Todos ustedes, con sus caras tristes, me llenan de amor. Has envejecido, Saulito. ¿Qué será de ti cuando yo no esté? No me repitas que prefieres morir junto conmigo. Nadie escoge morir. Se muere y listo, pero cuando se llega a mi estado, hay que tomar una decisión y yo la he tomado. Quiero cerrar los ojos, dejar de pensar, de sentir. Dejarme ir. No querer más nada. Llámame a Ramírez.
- Saúl** Es esta hora. Siempre te sientes mal a la última hora de la tarde.
- Luis** Caigo en el hueco negro. Mi hora maldita. Se va el día como me voy yendo yo. Aún no ha llegado la noche o mi muerte. ¡Aborrezco este hueco, esta encrucijada! ¿No te das cuenta de que no quiero seguir sufriendo? Sé bueno y llámame a Ramírez.
- Saúl** *(Va hacia Miguel).* Lo llamé. Le rogué que viniera a verlo. Tú sabes que los médicos prefieren no ir a las casas, pero él vino. Se encerraron los dos solos como una hora. Cuando Ramírez salió, me llevó a la terraza. Únicamente me dijo: "Hay que complacerlo". Dio sus instrucciones a la enfermera y se fue. Todo el mundo lloraba quedamente, cada quien por su cuenta. Parecía que ninguno quería atreverse a entrar al cuarto, a que Luis le viera en la cara lo que acababa de saber. Se quedaron en la cocina, en la terraza, hasta en el baño, como escondidos, como escondiéndose de esa nueva verdad.
- Miguel** ¿Puede un médico asumir esa responsabilidad?
- Saúl** ¿Por qué no? Además, él no la asumió. Simplemente aceptó el deseo de Luis de no querer que lo siguieran dopando. A fin de cuentas, con o sin medicamentos, su muerte era una certeza en cuestión de días.
- Luis** ¡Saúl, Saúl! ¿Dónde diablos te has metido? ¡Saúl, ven inmediatamente! ¿No me piensas decir nada? ¿No me vas a felicitar? ¿Nadie me va a felicitar? Ramírez les debe haber dicho y en vez de venir a abrazarme, me

dejaron solo. Solo con mi decisión.

Saúl No habló con nadie. Dio sus instrucciones y se fue.

Luis ¡Mentira! Yo oí los sollozos. Los sigo oyendo. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me felicitan? ¿No admiran mi valentía? Es la primera vez en mi vida que he sido valiente. La primera y la última. No te puedes imaginar lo feliz que me siento. Logré hacerlo. Vencí el miedo. Ven, abrázame, felicítame. Abrázame más fuerte, así. Dime que me felicitas.

Saúl Felicitaciones, mi niño, felicitaciones.

Luis Me siento como si hubiera botado todo el aire que tenía por dentro. Era un aire malsano, que me oprimía. Ya está: ahora ya me quedo tranquilo y espero el final. Mírame, ¿no me ves tranquilo? ¿diferente a antes? Búscame un espejo. Quiero verme.

Saúl Deja ver si encuentro uno.

Luis Quédate aquí, no importa. Me miro en el reflejo de tus ojos. Déjame verme. Sí, tengo otra cara. Espero que la que veo, sea la cara que ahora tengo. A lo mejor, es la cara del cariño que me tienes. ¡Qué privilegio habernos conocido, habernos querido tanto!

Miguel Y lo fue. Siento el enorme afecto entre los dos.

Luis Ahora prométeme que no estarás presente para ver mi final. Quiero que mi final contigo sea ahora, cuando me siento feliz de que hayamos compartido la buena decisión. De aquí en adelante, lo demás ya no importa. Nos hemos dicho todo lo que importa. "Escrito y sellado". Dame tu mano y dímelo como lo dicen los judíos de Curazao.

Saúl Escrito y Sellado. (*A Miguel*). En Curazao, esa islita frente a Venezuela, existe la más vieja sinagoga de todo el continente americano. Más de tres siglos llevan celebrando los ritos judíos, y en la festividad de Yom Kippur, el día del ayuno...

Luis Espera, primero descríbele la sinagoga, su piso de arena blanca de mar. Cada tantas semanas, traen unos cuantos camiones y renuevan la arena.

Saúl Es chiquita, tendrá capacidad para unas doscientas personas, a lo sumo.

Luis Sus paredes son de cal blanca. La parte superior de las ventanas, eso que llaman soles truncos, es azul color de mar. Toda la madera de los bancos, del tabernáculo, del lugar desde donde oficia el rabí, es tan marrón oscura que parece negra —la eternidad de los años que lleva allí— y las enormes lámparas suspendidas del techo son de bronce bruñido, mientras que los candelabros de siete brazos son de plata reluciente. Me siento tan bien, Saulito, como si estuviese presente allá en Curazao esa primera noche de Yom Kippur. ¡Lástima que nunca fui contigo! Cuéntale de esa noche.

Saúl Lámparas y candelabros repletos de velas encendidas al inicio del rito

y, a medida que se van consumiendo, aumenta una penumbra mantenida por la claridad de la noche que entra por las ventanas. Al finalizar, la gente sale al patio, se da la mano y dice: "Escrito".

Luis Escrito en el Libro de la Vida para el próximo año.

Saúl Y al día siguiente, al concluir el Yom Kippur y antes de romper el ayuno, vuelven a darse la mano, ahora reafirmando: "Escrito y sellado".

Luis Escrito y sellado en el Libro de la Vida para el próximo año. Ese es el secreto que debemos descifrar mientras vivimos. Escrito y sellado. No hay vuelta de tuerca.

Miguel Todo desaparece ante esa conformidad.

Luis Desaparecieron los dolores, la indignidad de no poderme valer por mí mismo para los hábitos más íntimos. Desapareció la lástima y por encima de todo, desapareció el miedo. Ahora tengo ganas de dormir. Puedo estar solo. *(Le da la espalda. Total oscuro sobre Luis).*

Miguel ¿Y murió entonces?

Saúl No, vivió una semana más, pero tranquilo, sereno, ¿sería impropio llamarlo beatificado?

Miguel Es colocarlo entre los bienaventurados. Es descansar con beatitud.

Saúl Pues, terminó beatificado. Ese adjetivo no lo incluyo en la lista.

Miguel Nunca pierdes el sentido del humor.

Saúl Jamás. Es una de las pocas cosas que me quedan. *(Viendo entrar a Carmen cargando un acuario en forma de bola, seguida de Nancy).* ¡Ah, qué bueno! Encontraron al carajito.

Carmen Estaba exactamente en el lugar que usted dijo. Al final de la tienda, a mano izquierda.

Saúl Ojalá el señorito resulte zurdó como yo.

Nancy Creo que el vendedor se acordaba de ti. Nos dijo que un señor lo había apartado, pero aceptó vendérselo.

Miguel ¿Qué es?

Carmen ¿No lo ve? Un pescadito para...

Saúl ¡Carmen!

Carmen Para adornar... la casa... por ejemplo...

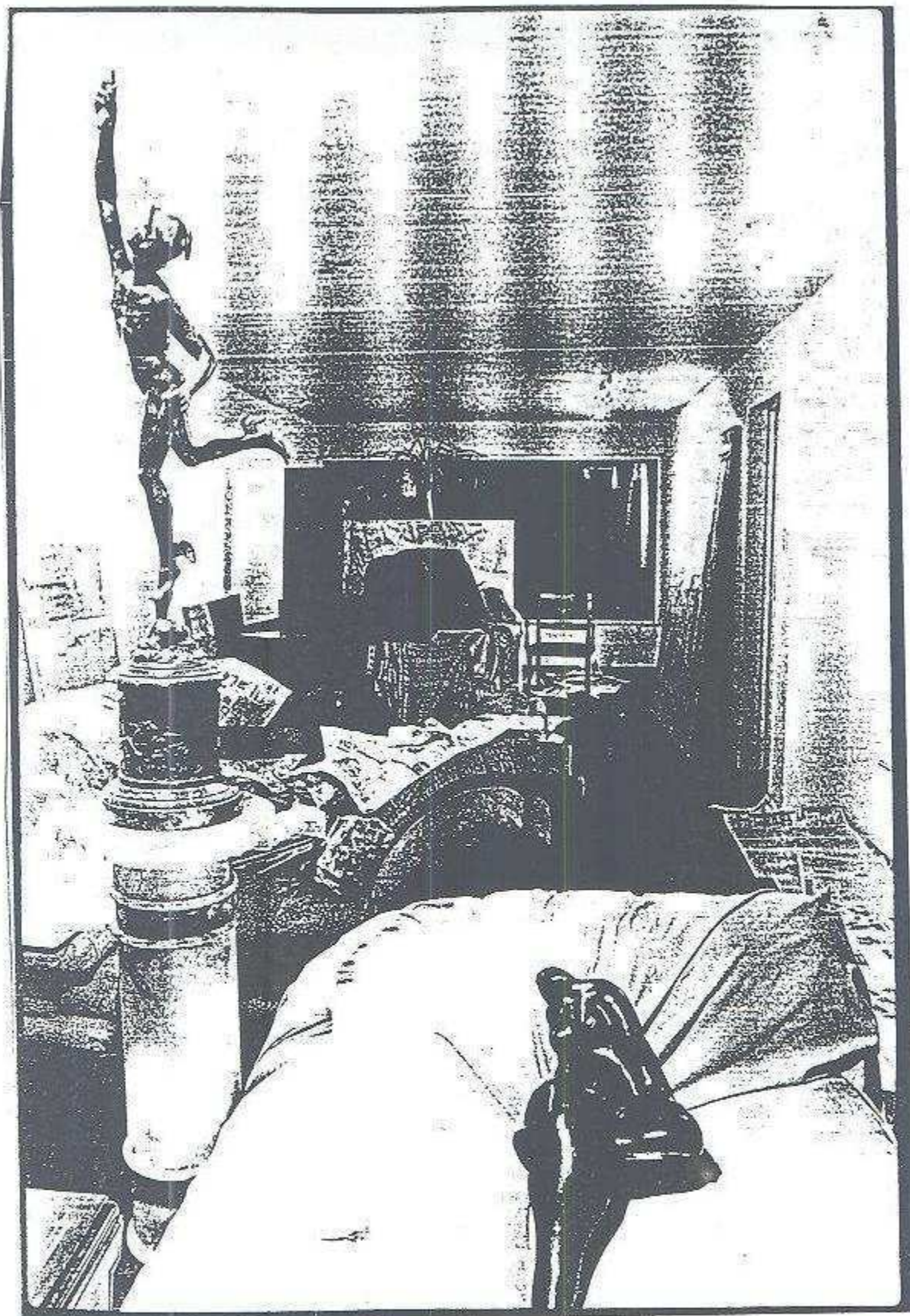
Saúl Según el vendedor, es una especie muy particular. Tiene que vivir solo porque si está con otro pelea hasta matarlo o hasta que el otro lo mate. Incluso con una hembra de su misma especie puede llevarse mal.

Nancy Y entonces, ¿cómo se reproducen?

Saúl Bueno, de vez en cuando, alguno se lleva bien con una hembra, pero parece que ellas no son fáciles de encontrar. ¿Le compraron su comida?

Carmen Sí, aquí está la cajita. El hombre dijo que se le eche apenas una boronita.

- Saúl ¿Te gusta, Miguel? Fíjate cómo cambia de colores: a veces parece azul, y a veces, rojo. Toma, dale tú de comer.
- Miguel Sabía que era para mí. Sí, no me miren falsamente sorprendidos. Desde que ustedes entraron con la pecera, supuse que me lo traían. Con esa descripción terrorífica de su carácter, ¿para quién más podría ser?
- Carmen Usted no se parece a él, Padrecito. ¿Cómo lo va a llamar?
- Nancy No niegues que te gusta el regalo de Saúl.
- Miguel No lo niego y lo acepto como lo que implica: tener una compañía.
- Saúl Mira cómo recorre toda el agua de un lado a otro. Mira cómo respira, haciendo burbujas. Mira cómo no deja de moverse. Mira cómo mira. Se parece a ti.
- Miguel Qué más quisiera yo. Si me pareciese a él, aquí mismo te rompería esa sonrisita de unos cuantos coñazos.
- Carmen ¡Pero, Padre, ahora le ha dado por decir vulgaridades!
- Miguel ¿Qué puedo hacer, querida Carmen? Andando con este patán, me he corrompido.
- Nancy Si sigues protestando y no te gusta el pescadito, me lo llevo yo. Tremendo banquete se darán mis gatos.
- Miguel No, yo me lo llevo. Mil gracias. Vámonos, Segismundo.
- Carmen ¿Y ese nombre qué quiere decir?
- Saúl ¿Sabes, Nancy? Lo vi hacer Segismundo, el de "La Vida es Sueño". En Nueva York! Todo el teatro se estremecía al lamentarse en sus monólogos. Estuviste espléndido. Aún no me conformo con que hayas dejado de ser actor. Con el debido respeto a tu Iglesia y a tu Dios, creo que metiste la pata metiéndote a cura.
- Miguel Si es así, ¿por qué me felicitas cuando me ves predicar?
- Saúl Felicito tu actuación, pero no es lo mismo que encarnar a Segismundo.
- Carmen Ese nombre es demasiado largo para un pobre pescadito.
- Miguel Entonces lo llamaremos Segis. ¿Mejor? Muy bien. Ahora debo irme a Cristo en el Desierto.
- Nancy ¿Al monasterio de clausura? Siempre he querido conocerlo, pero me han dicho que no admiten mujeres.
- Miguel A veces lo permiten. Un día te llevo.
- Saúl ¿Y a mí cuándo me vas a llevar?
- Miguel Ya, si quieres.
- Saúl Quiero. Me voy contigo y con Segismundo.
- Carmen Llévselo. Así aprovecharé para limpiar a fondo. *(Salen Saúl y Miguel).* ¿Me ayuda a mover estos muebles?
- Nancy Por supuesto, doña Carmen.



Escena 7

Adagio: 2:42 a 3:07. Los muebles a los lados. Del fondo entra Saúl, seguido de Miguel.

- Saúl** *(No cesa de mirar por todas partes).* ¡Increíble! Pero, ¿cómo se les ocurrió? ¿Por qué? ¿Por qué para adorar a Dios —estoy seguro de que uso el verbo correcto: adorar— sintieron la necesidad de aislarse; mejor dicho, de desaparecerse del mundo para venir aquí, a este inmenso vacío rodeado de montañas?
- Miguel** No solamente rodeado de montañas, sino también de cielo, de ese río Chama y su torrente ruidoso que tanto te asustó, de los animales salvajes que chillan día y noche, de la arena movediza que a veces te traga al caminar. Es un vacío lleno de peligros.
- Saúl** Más razón entonces para mis preguntas: ¿Por qué? ¿Para qué? Si son hombres o, mejor dicho, si somos hombres debemos vivir con los hombres, convivir con nuestros semejantes, pelear por esa fe en el medio del mundo, no fuera de su borde.
- Miguel** La pelea, si es que hubiese pelea, no es dentro del mundo ni con el mundo. Es una lucha con uno mismo, despojándose de todo para que nuestro espíritu comulgue, se comuniqué, hable directamente con Dios.
- Saúl** “¿Qué importa? Aunque el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día”. Segunda carta a los Corintios, cuatro, dieciséis.
- Miguel** ¡Y de memoria! ¡Alabado sea! San Pablo estaría orgulloso de ti.
- Saúl** ¿Ves cómo sí me he leído todo el libraco? La cita me la aprendí para que tú estuvieses orgulloso de mí. Hablando en serio, me la aprendí porque quiero que ese sea el rumbo de mi vida de ahora en adelante. Refinar mi interior en lo poco que me queda de vida.
- Miguel** Mira quién habla. Menos me queda a mí. Tú no estás enfermo.
- Saúl** Cuando nos desesperábamos, Luis y yo nos decíamos: tienes que vivir con eso; no simplemente morir de eso.
- Miguel** Lo mismo piensan los benedictinos de aquí: viven con eso, con Dios, y tienen una ventaja: no les da miedo morir.
- Saúl** ¡Ay, Miguel! Tú no vas a morir, no por ahora. Huelo que te falta mucho trecho y mi nariz no se equivoca. Ven, te invito como lo hizo el pobre Ricardo II: “Sentémonos en tierra y narremos tristes historias de reyes desaparecidos”.
- Miguel** Cita tras cita. El Profesor se luce.
- Saúl** Debe ser este aire. Me intoxica. Me da una nota, como dicen los marihuaneros.

- Miguel** Te gusta enseñar, ¿no es cierto?
- Saúl** Claro. Así aprendo.
- Miguel** Y a veces, ¿no te aburre seguir relejendo a Shakespeare?
- Saúl** En absoluto. Para mí es como para ti la Biblia.
- Miguel** No creas que me la paso leyéndola.
- Saúl** Siento que soy un gran afortunado. Me pagan por hacer lo que me gusta: leer y hablar de Shakespeare.
- Miguel** Yo hago lo que me gusta: leer y hablar de Dios, y casi no me pagan.
- Saúl** Porque escogiste el libro que no era. Sin embargo, he visto cómo los fieles al despedirse en la puerta, al darte la mano, te pasan un sobrecito.
- Miguel** Te das cuenta de todo.
- Saúl** De tanto haberte visto oficiando, un día de estos voy a escribir un manual para aspirantes a curas. Por ejemplo, les recomendaré cómo dar un sermón: se cuentan anécdotas, se habla en serio y se dice un chiste. Chiste, serio, chiste, serio. Las famosas parábolas de Jesús son parecidas. Y se termina con una declaración contundente, algo breve que recuerden los fieles durante el resto del día.
- Miguel** A veces, eso es lo más difícil: decir algo que recuerden no solamente ese día, sino para siempre.
- Saúl** Como lo que dijiste al final de tu tercer sermón en la misión de Taos.
- Miguel** Lo dijo el Cardenal Newman y nunca falla: cambio es crecimiento; crecimiento es desarrollo; y...
- Saúl** Desarrollo es vida. En alguna de mis clases, aquí o allá en Caracas, voy a citarte.
- Miguel** Advierte que son palabras del Cardenal.
- Saúl** A ese nadie lo conoce.
- Miguel** Menos me conocerán a mí.
- Saúl** Te equivocas. Deja que oigan mi introducción, el retrato que te haré.
- Miguel** Actor que ahorcó sus hábitos por meterse a cura.
- Saúl** Y para poder meterse, tuvo que vivir seis meses en Cristo en el Desierto. Si ahora, en plena primavera, hace bastante fresco, me imagino cómo debe haber sido durante ese invierno.
- Miguel** Fue muy duro. Aquí me di cuenta de que verdaderamente quería estar con Dios.
- Saúl** ¿Y cumplías todo ese horario espeluznante?
- Miguel** Cada cuatro horas de las veinticuatro, a la capilla a cantar salmos. Llegué a cantar de maravilla. Eso siempre me gustó.
- Saúl** Cuando los oí cantar, te juro que...
- Miguel** Estremecen. Por lo menos a mí.
- ?

Saúl Son tan pocos. ¿Cuántos eran? ¿Seis, siete? Y cada vez hay menos, según tu amigo.

Miguel No hay muchas vocaciones para este rigor.

Saúl ¿Serías capaz de venirte aquí, aislarte aquí, dejar tu congregación?

Miguel Antes lo pensé más de una vez, pero ahora en mis circunstancias, para usar tu terminología favorita, no creo que me aceptarían. Por cierto, ¿qué ha pasado con tus circunstancias? Últimamente las tienes muy calladitas.

Saúl ¡La gran pregunta! Se merece que me ponga de pie, si tú me ayudas. Gracias. Las posaderas, como diría Shakespeare, las tengo heladas. Sospecho, porque aún no tengo una certeza, que el duelo está pasando o ya pasó. Lo sospecho porque en su lugar me persiguen sentimientos que no tienen respuestas y que nada tienen que ver con la muerte de Luis.

Miguel ¿Como ganas de vivir, de encontrar otro amor?

Saúl A mi edad eso suena un poco impúdico, aunque confieso que no lo rechazaría. No es encontrar a alguien; es encontrarme a mí. Es... ¿cómo precisarlo?... Yo siempre fui urbano, de una ciudad cerca del mar. ¿Sabes? Me hace falta el mar, pero no tanto para que disminuya la enorme impresión que me produce todo esto. No me refiero a los benedictinos ni a mi nueva familiaridad con tu religión. Me refiero a... todo esto: esas montañas que se repiten por donde voy, estos ríos que suenan como una orquesta de pura percusión, ese cielo que Carmen creyó mar, este aire que me marea como a un alcohólico. Todo aquí se ve eterno. Es eterno. Ha estado así por siempre y seguirá por siempre estando así. No es hechura del hombre. Más aún, es demasiado para que ningún hombre se atreva a alterarlo. Ahí está; esa es la palabra que buscaba: demasiado. Demasiado eterno. Y se te ocurre la pregunta: ¿quién hizo todo esto?

Miguel (*Gran pausa*). A falta de otro nombre, ¿por qué no le das el que le damos todos?

Saúl ¿Dios?

Miguel Creo que te ha encontrado.

Saúl ¿A mí?

Miguel Preguntásele.

Saúl ¡No seas idiota! ¿Es que acaso se puede hablar con él?

Miguel Por supuesto. Tú lo estabas haciendo.

- Saúl** Ni el espacio, Carmen. Estamos listos. ¿Quién carga qué?
- Carmen** Yo puedo con una maleta porque en la otra mano llevo la cartera y el álbum de mi Padrecito.
- Saúl** Ha debido meterlo en la maleta.
- Carmen** Prefiero llevarlo conmigo y ver las fotos en el avión. Fuimos felices, ¿no es cierto?
- Nancy** Yo he sido muy feliz con ustedes que fueron mi familia.
- Saúl** Papá y mamá. Vendrás a visitarnos. Mientras, llévate otra maleta.
- Miguel** Yo puedo con las otras dos.
- Saúl** Gracias, así yo cierro todo (*Sale*). Bueno, Albuquerque, espero que algún día recuperes la R que te quitaron los americanos. (*Adagio: 3:38 a 4:46. Se queda mirando a Luis. Gran pausa*). ¿Qué haces ahí parado? Andando que el avión se nos va. (*Saúl va, le pasa un brazo por el hombro y salen*)

Telón

SEMINARIO DE EXTENSION DISCIPLINARIA
JOSE C. GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS